

PRÓLOGO

El heraldo drenai esperaba con nerviosismo ante las grandes puertas de la sala del trono, flanqueada por dos guardias nadir que miraban al frente, con los ojos rasgados fijos en el águila de bronce estampada sobre la madera oscura.

Se pasó la lengua seca por los labios y se ajustó la capa morada sobre los hombros huesudos. Se había sentido muy seguro de sí mismo en la sala del consejo de Drenan, doscientas leguas al sur, cuando Abalayn le pidió que se hiciera cargo de aquella delicada misión: viajar a la lejana Gulgothir para ratificar los tratados firmados con Ulric, el jefe de las tribus nadir. Bartelo ya había participado anteriormente en el cierre de tratados, y en dos ocasiones había estado presente en negociaciones: en el oeste, en Vagria, y en el sur, en Mashrapur. Cualquier gobernante comprendía el valor del comercio y la necesidad de evitar los costosos inconvenientes que causaba una guerra; Ulric no sería una excepción. Cierto era que había saqueado los países situados en las llanuras del norte, pero se trataba de naciones que habían sangrado a su pueblo durante siglos a base de impuestos y asaltos; habían sembrado las semillas de su propia destrucción.

Aquel no era el caso de Drenai, que siempre había tratado a los nadir con tacto y cortesía. El mismo Abalayn había visitado en dos ocasiones a Ulric, en su gran campamento del norte, y había sido recibido regiamente. Pero Bartelo había quedado asombrado ante la desolación sufrida por Gulgothir. Que las inmensas puertas hubieran sido destruidas no fue ninguna sorpresa, pero sí que, a continuación, casi todos los defensores fueran mutilados. En la plaza que se abría ante la torre del homenaje se alzaba una pila de manos. Bartelo se estremeció y apartó bruscamente de sus pensamientos aquel recuerdo.

Lo habían hecho esperar durante tres días, pero habían sido cortes, incluso amables. Se volvió a ajustar la capa, consciente de que su figura inclinada y escualida no hacía justicia al atuendo de heraldo. Sacó del cinturón un pañuelo de lino y se secó el sudor de la cabeza calva. Su esposa lo advertía continuamente de que la calva le brillaba cada vez que se ponía nervioso; era un detalle que Bartelo habría preferido que no le hubieran mencionado.

Echó una ojeada al guardia de su derecha y reprimió un escalofrío. Aquel hombre era más bajo que él, y llevaba un casco coronado con una pica ribeteado de piel de cabra, una coraza de madera lacada y una lanza

con la punta dentada. El rostro era plano y mostraba una expresión cruel; los ojos, rasgados y oscuros. Si Bartelo necesitaba alguna vez a un hombre dispuesto a cortarle la mano a otro...

Miró hacia la izquierda y se arrepintió; el otro guardia lo estaba mirando. Se sintió como un conejo sobre el que caía un halcón, y desvió la mirada rápidamente hacia el águila de bronce de la puerta.

Afortunadamente, la espera terminó y las puertas se abrieron.

Bartelo inspiró profundamente y las cruzó.

Entró en un salón alargado, en el que veinte columnas de mármol sostenían un techo adornado con frescos. En cada una de las columnas ardía una antorcha que lanzaba sombras temblorosas en las paredes del fondo, y al pie de cada columna, un guardia nadir armado con una lanza se mantenía en posición de firmes. Bartelo mantuvo la mirada fija al frente y avanzó quince pasos hasta detenerse ante el trono que se alzaba sobre un estrado de mármol.

En el trono estaba sentado Ulric, Señor de la Guerra del Norte.

No era muy alto, pero de él irradiaba un aura de poder, y cuando Bartelo se situó en el centro de la estancia se sintió golpeado por la energía de aquel hombre. Ulric poseía los pómulos altos y el pelo negro como la noche característicos de los nadir, pero sus ojos rasgados eran de un asombroso color violeta. Tenía el rostro moreno, y una barba de tres puntas le daba un aspecto demoniaco que contrastaba con la calidez de su sonrisa.

Pero lo que más impresionó a Bartelo fue que el señor de los Nadir vistiese una túnica drenai blanca, con un bordado que representaba el blasón de Abalayn: un caballo encabritado de oro sobre una corona de plata.

El heraldo hizo una profunda reverencia.

—Mi señor, os traigo los saludos del señor Abalayn, jefe electo de los hombres libres de Drenai. —Ulric respondió con un asentimiento y agitó una mano, indicándole que prosiguiera—. Mi señor Abalayn os felicita por vuestra magnífica victoria contra los rebeldes de Gulgothir, y confía en que una vez abandonados los horrores de la guerra, os animéis a tomar en consideración los nuevos tratados y acuerdos comerciales que debatí con vos durante su extremadamente placentera visita de la primavera pasada. Traigo una carta del señor Abalayn, así como los tratados y acuerdos. —Bartelo se adelantó y mostró tres rollos. Ulric los cogió y los dejó con delicadeza en el suelo, al pie del trono.

—Os doy las gracias, Bartelo —dijo—. Decidme, ¿realmente temen los drenai que mi ejército marche hacia Dros Delnoch?

—¿Estáis de broma, mi señor?

—En absoluto —dijo Ulric con tono de inocencia; su voz era grave y sonora—. Hay comerciantes que dicen que es un tema de intensa discusión en Drenan.

—Meros cotilleos —replicó Bartelo—. Yo mismo participé en la redacción de los acuerdos, y si puedo servir de alguna ayuda con las partes más complicadas, consideraré un placer colaborar con vos.

—No, estoy seguro de que todo está en orden —dijo Ulric—. Pero tendréis que permitir que Nosta Jan, mi chamán, consulte los augurios. Sé que es una costumbre primitiva, pero estoy seguro de que lo comprenderéis.

—Por supuesto. Tales costumbres son una cuestión de tradiciones —dijo Bartelo.

Ulric dio dos palmadas, y a la izquierda surgió de las sombras un anciano apergaminado cubierto con una sucia túnica de piel de cabra, cargado con un gallo blanco bajo el esquelético brazo derecho, y portando en la mano izquierda un cuenco de madera ancho y profundo. Ulric se puso en pie mientras el anciano se acercaba, tendió las manos y sujetó el gallo por las patas y el cuello.

Lentamente, alzó el ave sobre su cabeza. Entonces, ante la mirada horrorizada de Bartelo, volvió a bajar el gallo, le hundió los dientes en el cuello y le arrancó la cabeza de un mordisco. Las alas del gallo se agitaban alocadamente, y su sangre se esparció por todas partes, manchando la túnica blanca de Ulric, que sostuvo el cadáver tembloroso sobre el cuenco y lo observó mientras las últimas gotas de sangre salpicaban la madera. Nosta Jan esperó a que cayera la última gota y se llevó el cuenco a los labios. Miró a Ulric y sacudió la cabeza.

El Señor de la Guerra dejó caer el ave a un lado y se quitó lentamente la túnica blanca. Bajo ella vestía una coraza negra, y llevaba una espada al cinto. Cogió el yelmo de acero negro ribeteado con piel de zorro plateado, que descansaba junto al trono, se lo puso, y se limpió la mano cubierta de sangre en la túnica drenai, que arrojó descuidadamente hacia Bartelo.

El heraldo bajó la mirada hacia la prenda ensangrentada que estaba a sus pies.

—Me temo que los augurios no son muy buenos —dijo Ulric.

Rek estaba borracho. «No tanto como para preocuparse, pero lo bastante como para no preocuparse», pensó, contemplando el vino rojo rubí que arrancaba sombras sangrientas en el cristal de la copa. Los troncos que ardían en la chimenea le calentaban la espalda. El humo le irritaba los ojos, y su olor acre se mezclaba con el de los cuerpos sin lavar, las comidas olvidadas y las ropas sucias. La llama de una lámpara tembló brevemente bajo una fría ráfaga de viento que cruzó la estancia, y que se interrumpió cuando el recién llegado cerró la puerta de madera mientras musitaba unas disculpas en la posada llena de gente.

Se reanudaron las conversaciones que se habían interrumpido bajo el repentino golpe de aire gélido, y una docena de voces que surgían de los diferentes grupos se mezclaron en un galimatías de sonidos incomprensibles. Rek tomó un trago de vino, y se estremeció cuando oyó una risa, un sonido tan frío como el viento invernal que golpeaba las paredes de madera.

«Es espeluznante», pensó. Se arrebujó un poco más bajo la capa azul. No necesitaba distinguir las palabras para saber cuál era el tema de las conversaciones; había sido siempre el mismo durante varios días: la guerra.

Qué palabra tan sencilla, y cuánto dolor conllevaba. Sangre, muerte, conquista, hambre, pestes y terror.

Unas risas cruzaron la estancia.

—¡Bárbaros! —rugió una voz, alzándose por encima de las conversaciones—. Presa fácil para las lanzas drenai.

Más risas.

Rek observó la copa de cristal, tan hermosa, tan frágil... Fabricada con cuidado, incluso con cariño. Con múltiples facetas, como un delicado diamante. Se acercó el cristal al rostro y contempló una docena de ojos reflejados en él.

Y la mirada de aquellos ojos era acusadora. Durante un instante sintió la tentación de romper la copa en pedazos, destruir aquellas miradas recriminatorias, pero no lo hizo.

«No soy tan estúpido —se dijo—. Todavía no.»

Horeb, el posadero, se limpió con un trapo los dedos regordetes y dirigió una mirada cansada pero atenta a la multitud; atento a los problemas, preparado para adelantarse con una palabra y una sonrisa antes de que fueran necesarios un gruñido y un puñetazo.

Guerra. ¿Qué tenía la perspectiva de semejante empresa sangrienta, que reducía a los hombres a animales? Algunos parroquianos, la mayoría, de hecho, eran personas a las que Horeb conocía muy bien. Muchos eran tipos hogareños: granjeros, comerciantes, artesanos... Todos eran amistosos; muchos, piadosos, dignos de confianza y amables. Y ahí estaban, hablando de muerte y de gloria, y dispuestos a atacar y ensartar a cualquier sospechoso de simpatizar con los nadir.

Los nadir. Hasta el nombre se pronunciaba con desprecio.

Pensó con tristeza que ya aprenderían. Vaya si aprenderían. La mirada de Horeb recorrió la gran sala, y su expresión se suavizó cuando contempló a sus hijas, que limpiaban mesas y servían jarras. La pequeña Dori, que enrojecía hasta las pecas cuando era objeto de alguna broma procaz; Besa, la viva imagen de su madre, alta y rubia; Nessa, llenita, sencilla y querida por todos, que pronto se iba a casar con Norvas, el aprendiz del panadero. Buenas chicas. Auténticos regalos.

La mirada del posadero tropezó con la alta figura cubierta con una capa azul que estaba sentada junto a la ventana.

—Maldito seas, Rek, ¡ánimate! —murmuró, sabiendo que el hombre no lo escucharía.

Horeb se volvió, lanzó un juramento, se quitó el delantal de cuero, y cogió una jarra medio llena de cerveza y un pichel. Tras pensárselo un poco, abrió un pequeño armario y sacó una botella de vino que había estado reservando para la boda de Nessa.

—Un problema compartido es un problema duplicado —dijo, escuriéndose en el asiento frente a Rek.

—Un amigo en problemas es un amigo al que hay que evitar —replicó Rek, cogiendo la botella que el posadero le ofrecía para volver a llenarse la copa—. Una vez conocí a un general —prosiguió, mirando el vino y haciendo girar la copa con sus largos dedos—. Nunca perdió una batalla. Tampoco ganó ninguna.

—¿Y eso? —preguntó Horeb.

—Ya sabes la respuesta. Te lo he contado.

—Tengo bastante mala memoria. Y, en cualquier caso, me gusta escuchar tus historias. ¿Cómo es posible que nunca ganara y, a la vez, nunca perdiera?

—Se rendía en cuanto se sentía amenazado. Listo, ¿eh?

—¿Y por qué lo seguían sus hombres si nunca ganaba?

—Porque nunca perdía, y ellos tampoco.

—¿Tú lo habrías seguido? —preguntó Horeb.

—Yo ya no sigo a nadie. Y menos que a nadie, a los generales. —Rek giró la cabeza, atento a las conversaciones de alrededor. Cerró los ojos, concentrándose—. Escúchalos —le dijo a Horeb en voz baja—. Escucha cómo hablan de gloria.

—Son ignorantes, amigo mío. Nunca la han visto ni la han probado. No han visto los cuervos cayendo sobre un campo de batalla como una nube negra y dándose un banquete con los ojos de los muertos, ni a los zorros tirando de la carne desgarrada, ni a los gusanos...

—Cállate, maldita sea... No necesito que me lo recuerdes. Y maldito sea yo si se me ocurre volver. ¿Cuándo se casa Nessa?

—Dentro de tres días —respondió Horeb—. Él es un buen muchacho; la tratará bien. Le hará pasteles, y ella se pondrá como un tonel en poco tiempo.

—De una forma o de otra —dijo Rek, guiñando un ojo.

—En efecto —replicó Horeb, con una sonrisa de oreja a oreja.

Los dos hombres siguieron sentados en silencio, dejando que el ruido flotase sobre ellos, bebiendo y pensando, tranquilos en su círculo de dos. Al cabo de un rato, Rek se inclinó hacia delante.

—El primer ataque tendrá lugar en Dros Delnoch —dijo—. ¿Sabes que sólo tenemos diez mil hombres allí?

—He oído decir que son menos aún. Abalayn ha estado licenciando a los regulares y se ha concentrado en la milicia. Aun así, hay seis murallas y la gran torre. Además, Delnar no es estúpido; estuvo en la batalla de Skeln.

—¿De verdad? —dijo Rek—. Había oído decir que era un hombre contra diez mil, que lanzaba montañas sobre el enemigo.

—La saga de Druss el Legendario —dijo Horeb, bajando la voz—. El cuento de un gigante cuyos ojos eran la muerte, y cuya hacha era el terror. Venid, chiquillos, y manteneos alejados del mal que acecha en las sombras mientras os cuento mi historia...

—¡Bastardo! —dijo Rek—. De pequeño me cagaba de miedo cuando me decían eso... Tú lo conociste, ¿verdad? Al Legendario, me refiero.

—Hace mucho tiempo. Dicen que ha muerto. Si no, debe de tener más de sesenta años. Estuve con él en tres campañas, pero sólo hablamos un par de veces. Y también lo vi en acción una vez.

—¿Era bueno?

—Increíble. Fue justo antes de lo de Skeln y la derrota de los Inmortales. Una simple escaramuza, en realidad. Y sí, era muy bueno.

—No es que te prodigues con los detalles, Horeb.

—¿Quieres que me ponga como este montón de idiotas que parlotean sobre la guerra, la muerte y las carnicerías?

—No —contestó Rek; vació la copa de vino de un trago—. No. Me conoces, ¿verdad?

—Lo bastante para que me caigas bien. A pesar de...

—¿A pesar de qué?

—A pesar de que tú mismo no te caes bien.

—Al contrario —replicó Rek, llenándose la copa—. Me caigo bastante bien. Es sólo que yo me conozco bastante mejor que los demás.

—¿Sabes, Rek? A veces creo que te exiges mucho.

—No. No, en realidad me pido muy poco. Conozco mis puntos débiles.

—Es curioso, eso de los puntos débiles —dijo Horeb—. La mayoría de la gente te dirá que conoce sus debilidades. Si le preguntas a alguien, te dirá: «Bueno, para empezar, soy demasiado generoso». Venga, cuéntame las tuyas si quieres. Para eso estamos los posaderos.

—Bueno, para empezar, soy demasiado generoso, sobre todo con los posaderos.

Horeb sacudió la cabeza, sonrió y guardó silencio.

«Demasiado inteligente para ser un héroe y demasiado temeroso para ser un cobarde», pensó. Observó a su amigo mientras vaciaba la copa, la alzaba ante sus ojos y contemplaba el reflejo troquelado de su rostro. Durante un instante, Horeb pensó que Rek estrellaría la copa, cuando observó la sombra de ira que pasó por el rostro enrojecido del joven. Pero este se limitó a dejarla en la mesa con suavidad.

—No soy estúpido —murmuró Rek. Se puso rígido cuando se dio cuenta de que había hablado en voz alta—. ¡Maldita sea! Al final me ha hecho efecto el vino.

—Te acompaño a tu habitación —le propuso Horeb.

—¿Hay luz? —preguntó Rek, oscilando en su asiento.

—Por supuesto.

—No dejarás que se apague, ¿verdad? No me hace ninguna gracia la oscuridad. No es que me dé miedo, entiéndelo. Es que no me gusta, sólo eso.

—No dejaré que se apague, Rek. Confía en mí.

—Confío en ti. Te rescaté, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo. Apóyate en mí; te ayudaré a subir la escalera. Por aquí. Bien. Un pie delante de otro... ¡Muy bien!

—No titubeé. Cargué directamente con la espada alzada, ¿verdad?

—Sí.

—No, no fue así. Estuve parado unos minutos, temblando. Y a ti te alcanzaron.

—Pero aun así acudiste en mi ayuda, Rek. ¿No lo ves? No importa que me hiciesen algún corte; aun así me rescataste.

—A mí sí me importa. ¿Hay luz en mi habitación?

Tras él se alzaba la fortaleza, sombría y gris, perfilada por el humo y las llamas. El sonido de la batalla le llenaban los oídos, y corrió jadeante con el corazón desbocado. Miró a su espalda: la fortaleza estaba cerca, más que antes. Ante él se extendían las verdes colinas que flanqueaban la llanura de Sentran, que parecían difuminarse y alejarse de él, tentándolo con su aspecto pacífico. Corrió más deprisa. Una sombra cayó ante él. Las puertas de la fortaleza se abrieron, y él luchó contra la fuerza que lo empujaba hacia atrás. Gritó y suplicó, pero las puertas se cerraron y se encontró de nuevo en medio de la batalla, con una espada cubierta de sangre en su mano temblorosa.

Se despertó y abrió los ojos desmesuradamente. Las aletas de la nariz se le agitaban, y un grito se formaba en sus pulmones. Una mano suave le acarició el rostro y unas palabras amables lo calmaron. Enfocó la vista; estaba a punto de amanecer, y la luz rosada del día naciente incidía en el hielo que cubría la ventana de la habitación. Se agitó en el lecho.

—Anoche estabas preocupado —le dijo Besa, acariciándole la frente. Rek sonrió, apartó el edredón y la arrastró bajo la sábana.

—Ahora no lo estoy —respondió— ¿Cómo podría estarlo?

La calidez del cuerpo de la mujer lo envolvió, y le acarició la espalda.

—Hoy no —dijo ella; lo besó ligeramente en la frente y se apartó. Retiró el edredón, se estremeció y cruzó corriendo la habitación, recogiendo sus ropas—. Hace frío. Más que ayer.

—Aquí dentro se está caliente —replicó él, irguiéndose para verla vestirse. Ella le lanzó un beso.

—Estás bien para retozar un poco, Rek, pero no quiero tener hijos contigo. Y ve saliendo de la cama; pronto llegará un grupo de viajeros y tiene la habitación reservada.

—Eres una mujer preciosa, Besa. Si tuviera algo de sentido común me casaría contigo.

—Entonces me alegro de que no tengas, porque te rechazaría, y tu amor propio no podría soportarlo. Busco a alguien un poco más responsable.

La sonrisa de la mujer quitó algo de mordacidad al comentario. Algo.

Se abrió la puerta y entró Horeb, cargado con una bandeja con pan, queso y una jarra.

—¿Qué tal la cabeza? —le preguntó a Rek, dejando la bandeja en la mesilla que había junto a la cama.

—Bien —respondió Rek—. ¿Eso es zumo de naranja?

—Lo es, y te costará caro. Nessa abordó a un comerciante vagriano en el momento en que se bajaba del barco. Estuvo esperando una hora y se arriesgó a congelarse sólo para conseguir naranjas para ti. No creo que te lo merezcas.

—Es cierto. —Rek sonrió—. Triste, pero cierto.

—¿De verdad que te irás hoy al sur? —le preguntó Besa, mientras Rek bebía el zumo. Este asintió—. Eres un idiota. Creí que ya habías aguantado bastante a Reinard.

—Intentaré esquivarlo. ¿Está limpia mi ropa?

—Dori ha perdido horas con ella —le respondió Besa—. ¿Y para qué? Para que puedas volver a ensuciarla en el bosque de Graven.

—No se trata de eso. Uno siempre tiene que tener su mejor aspecto cuando sale de una ciudad. —Miró la bandeja—. No aguanto el queso.

—No importa —dijo Horeb—. Lo vas a pagar de todas formas.

—En ese caso intentaré comérmelo. ¿Hay más viajeros hoy?

—Hay una caravana de especias que se dirige a Lentria y atravesará Graven. Veinte hombres, bien armados. Van a seguir la ruta circular hacia el sur y el oeste. Hay una mujer que viaja sola, pero ya ha partido —le contestó Horeb—. También hay un grupo de peregrinos, pero no se marcha hasta mañana.

—¿Una mujer?

—No del todo —dijo Besa—, pero casi.

—Vamos, chica, no es propio de ti ser tan maliciosa—dijo Horeb, sonriendo—. Era una chica alta, con un buen caballo. E iba armada.

—Podría haber viajado con ella —dijo Rek—. Habría hecho más agradable el viaje.

—Y te podría haber protegido de Reinard —dijo Besa—. Parecía hábil. Vamos, Regnak, vístete. No tengo tiempo para verte desayunar como un señor. Ya has causado bastante caos en esta casa.

—No puedo levantarme mientras estés aquí —protestó Rek—. No sería decoroso.

—Idiota —le contestó Besa, cogiendo la bandeja—. Haz que se levante, padre, o se quedará ahí todo el día.

—Tiene razón, Rek —dijo Horeb, cuando la puerta se cerró tras la mujer—. Es hora de que te vayas moviendo. Y sabiendo cuánto tardas en prepararte antes de presentarte en público, te dejo mientras tanto.

—Uno siempre tiene que tener su mejor aspecto...

—... cuando sale de una ciudad, ya sé. Siempre dices lo mismo, Rek. Nos vemos abajo.

La expresión de Rek cambió cuando se quedó a solas. Las líneas de diversión que bordeaban sus ojos se convirtieron en marcas de tensión, casi de pesar. Drenai estaba acabada como potencia mundial. Ulric y las tribus nadir habían emprendido ya la marcha hacia Drenan y cabalgarían hacia las ciudades de las llanuras derramando ríos de sangre. Aunque cada soldado de Drenai matase a treinta hombres de las tribus nadir, aún quedarían cientos de miles.

El mundo estaba cambiando, y Rek se estaba quedando sin lugares donde esconderse.

Pensó en Horeb y sus hijas. Durante seiscientos años, los drenai habían extendido la civilización en un mundo no muy dispuesto a acogerla. Habían conquistado con ferocidad, ilustrado con sabiduría y, en definitiva, gobernado bien. Pero habían llegado a su ocaso, y un nuevo imperio estaba aguardando, listo para alzarse entre la sangre y las cenizas del antiguo. Volvió a pensar en Horeb y se echó a reír. Ocurriese lo que ocurriese, el anciano sobreviviría; incluso los nadir necesitarían buenas posadas. En cuanto a sus hijas... ¿Qué sería de ellas cuando las hordas cargasen contra las puertas de la ciudad? Imágenes sangrientas pasaron por su mente.

—¡Maldición! —gritó, saltando de la cama. Abrió de un empujón la ventana cubierta de hielo.

El viento invernal golpeó su cuerpo, aún caliente gracias a las mantas, haciendo que sus pensamientos volvieran a la realidad inmediata y al viaje hacia el sur. Se acercó al banco donde estaba su ropa y se vistió rápidamente. La ropa interior de lana blanca y los calcetines azules habían sido un regalo de la amable Dori; la túnica con bordados dorados en el cuello era un recuerdo de mejores días pasados en Vagria; el jubón de piel de oveja y broches dorados, un regalo de Horeb, y las botas altas de cuero, un regalo sorpresa de parte de un cansado viajero en una posada extranjera. «Aquel tipo tuvo que llevarse una sorpresa, desde luego», pensó Rek, recordando la mezcla de temor y emoción que lo había invadido cuando entró a hurtadillas en la habitación de aquel hombre, para

robar, hacía apenas un mes. Un gran espejo de bronce se alzaba junto al armario, y Rek estudió cuidadosamente su reflejo. Vio a un hombre alto, con una melena que le llegaba a los hombros y un bigote bien cuidado; una excelente figura alzada sobre las botas robadas. Se puso una bandolera, y guardó la espada larga en su funda negra y plateada.

—Todo un héroe —le dijo a su reflejo, con una sonrisa cínica—. Una joya de héroe.

Desenvainó la espada y amagó un bloqueo y una estocada, observando de reojo su reflejo. El giro de la muñeca era hábil; el agarre, firme. Aunque no fuera otra cosa, no cabía duda de que era un buen espadachín. Cogió del alféizar una diadema de plata, su amuleto de buena suerte desde que lo robó en un burdel de Lentria, y se lo puso sobre la frente de forma que mantuviera su melena negra sujeta por detrás de las orejas.

—Quizá no seas magnífico —le dijo a su reflejo—, pero por todos los dioses de Missael que lo pareces.

Los ojos reflejados le devolvieron una mirada socarrona.

—No te burles de mí, Regnak el Vagabundo.

Se colgó la capa de un brazo y bajó las escaleras que llevaban al largo salón, echando una ojeada a la gente que lo ocupaba a aquella hora tan temprana. Horeb lo saludó desde la barra.

—Eso ya está mejor, Rek —dijo Horeb, inclinándose hacia atrás y fingiendo admiración—. Podrías haber salido directamente de un poema de Serbar. ¿Un trago?

—No. Creo que lo dejaré durante una temporada; diez años o así. El brebaje de anoche aún está fermentando en mi garganta. ¿Me has preparado algo de tu infame comida para el viaje?

—Galletas con gusanos, queso mohoso y un trozo de lomo de dos años de antigüedad que acudirá cuando lo llames —le respondió Horeb—. Y una botella del peor...

La conversación se detuvo cuando el vidente entró en la posada. Llevaba una túnica de color azul desvaído que ondeaba alrededor de las huesudas piernas, y un cayado con cuyo extremo golpeaba los tablones del suelo al avanzar. Rek reprimió un gesto de repugnancia ante la aparición de aquel hombre, y desvió la mirada de las cuencas vacías en las que habían estado los ojos.

El anciano tendió una mano de la que faltaba el dedo corazón.

—Una moneda de plata por su futuro —dijo; su voz recordaba el viento cortante que soplaba entre las ramas desnudas durante el invierno.

—¿Por qué hacen eso? —susurró Horeb.

—¿Te refieres a los ojos? —dijo Rek.

—Sí. ¿Cómo puede alguien sacarse los ojos?

—Que me aspen si lo sé. Dicen que refuerza sus visiones.

—Suenan tan sensato como cortarse las partes para mejorar la vida sexual.

—Hay gente para todo, Horeb.

El hombre cojeó hacia ellos con la mano extendida, guiado por sus voces.

—Una moneda de plata por su futuro —entonó. Rek se apartó.

—Vamos, Rek —le pidió Horeb—. Averigua si el viaje irá bien. ¿Qué problema hay?

—Si pagas tú, yo lo escucho —dijo Rek.

Horeb se metió una mano en el bolsillo del delantal de cuero y sacó una pequeña moneda de plata, que dejó en la mano extendida del vidente.

—Por mi amigo, aquí presente —le dijo—. Yo ya conozco mi futuro.

El anciano se agachó sobre el suelo de madera y rebuscó en una bolsa desgastada. Sacó un puñado de arena, que derramó ante sí, y después sacó seis dados de hueso con runas talladas.

—Son huesos humanos, ¿verdad? —le preguntó Horeb a Rek en un susurro.

—Eso dicen —respondió Rek. El anciano comenzó a canturrear en la lengua de los Antiguos; su voz cascada resonaba en el silencio que los rodeaba. Arrojó los huesos sobre la arena y pasó las manos por las runas.

—Conozco la verdad —dijo al fin.

—No te preocupes por la verdad, viejo. Cuéntame un cuento lleno de mentiras doradas y vírgenes espléndidas.

—Conozco la verdad —repitió el vidente, como si no lo hubiera oído.

—¡Oh, al infierno! —dijo Rek—. Cuéntame la verdad, viejo.

—¿Deseas oírla, hombre?

—Olvidate del condenado ritual. ¡Di lo que tengas que decir y lárgate!

—Tranquilo, Rek, tranquilo. Lo hace a su manera —intervino Horeb.

—Quizá, pero ya se las está arreglando para fastidiarme el día. Nunca dan buenas noticias, al fin y al cabo. Probablemente, el viejo bastardo está a punto de decirme que voy a contraer la peste.

—Desea la verdad —le dijo Horeb al anciano, siguiendo el ritual—, y la usará sabiamente y para bien.

—Me temo que ni lo uno ni lo otro —dijo el vidente—, pero el destino ha de ser escuchado. No deseas oír hablar de tu muerte, Regnak el Vagabundo, hijo de Argas, así que eso me lo guardaré. Eres un hombre de carácter inestable y sólo ocasionalmente valeroso. Eres un ladrón y un soñador, y tu destino te perseguirá y te acosará. Huirás para evitarlo, pero tus pasos te llevarán a él. Pero eso ya lo sabes, Piernas Largas, pues soñaste con ello anoche.

—¿Eso es todo, viejo? ¿Unos balbuceos sin sentido? ¿Eso vale una moneda de plata?

—El conde y la leyenda estarán juntos en el muro. Y los hombres soñarán, y los hombres morirán, pero ¿caerá la fortaleza?

El anciano se giró y se marchó.

—¿Qué soñaste anoche, Rek? —preguntó Horeb.

—No te crearás todas esas tonterías, ¿no?

—¿Qué soñaste? —insistió el posadero.

—No soñé nada; dormí como un tronco, excepto por culpa de esa jodida vela. La dejaste encendida toda la noche y apestaba. Deberías tener más cuidado; podría haber causado un incendio. Cada vez que paso por aquí te advierto sobre las velas, pero nunca me haces caso.

Rek observó en silencio mientras el mozo de cuadras ensillaba el caballo castaño. No le gustaba aquel animal; tenía la mirada aviesa, y las orejas se le pegaban al cráneo. El mozo, un muchacho delgado, le canturreaba suavemente mientras aseguraba la cincha con dedos temblorosos.

—¿Por qué no has conseguido uno gris? —preguntó Rek. Horeb se echó a reír.

—Porque ya habría sido rozar el ridículo. La medida es importante, Rek. Ya pareces un pavo real y, tal como estás, todos los marineros lenrianos te van a perseguir. No; un caballo castaño es mejor —dijo, y añadió con mayor seriedad—: De esta manera pasarás más desapercibido en Graven. Un enorme caballo blanco llama demasiado la atención.

—Creo que no le caigo bien. ¿Has visto cómo me mira?

—Su padre fue uno de los caballos más rápidos de Drenan; su madre era una montura de guerra, en el cuerpo de lanceros del Lacerador. No vas a encontrar nada con mejor pedigrí.

—¿Cómo se llama? —dijo Rek, aún no muy convencido.

—*Lancero* —respondió Horeb.

—No suena mal del todo. *Lancero*... Bueno, quizá... Sólo quizá.

—*Narciso* está listo, señor —dijo el mozo, apartándose del caballo castaño. El animal sacudió la cabeza y dio un brusco empujón al muchacho, que se tambaleó y cayó sobre los adoquines.

—¿*Narciso*? —exclamó Rek—. ¿Me has comprado un caballo que se llama *Narciso*?

—¿Qué pasa con el nombre, Rek? —respondió Horeb con expresión de inocencia—. Llámalo como quieras; tienes que reconocer que es un buen animal.

—Si yo no tuviera un exquisito sentido del ridículo lo llevaría amordazado. ¿Dónde están las chicas?

—Demasiado ocupadas para despedirse de los haraganes que no pagan las facturas. Venga, ponte en marcha.

Rek se acercó con cautela al caballo, hablando con suavidad. El animal le dirigió una mirada torva, pero le permitió subir a la silla. Rek tomó las riendas, colocó la capa azul en el ángulo adecuado sobre la grupa del caballo e hizo que echase a andar hacia la puerta.

—Rek, casi se me olvida... —dijo Horeb, retrocediendo hacia la casa—. Espera un momento.

El corpulento posadero desapareció en el interior, y después salió cargado con un arco corto de cuerno y madera de olmo, y un carcaj lleno de flechas de asta negra.

—Toma. Un cliente lo dejó como parte del pago hace unos meses. Parece un arma sólida.

—Estupendo —dijo Rek—. Siempre he sido un buen arquero.

—En efecto. Límitate a recordar que cuando lo uses, tienes que colocar el extremo puntiagudo de la flecha alejado de ti. Y ahora, lárgate, y ten cuidado.

—Gracias, Horeb. Cuídate tú también. Y recuerda lo que te dije sobre las velas.

—Lo recordaré. Andando, chico. Suerte.

Rek cruzó cabalgando la puerta sur de la ciudad mientras los guardianes se dedicaban a recortar los cabos de las lámparas. Las sombras que arrancaba la luz del amanecer se extendían sobre las calles de Drenan, y unos chavales jugaban bajo el rastrillo de la puerta. Rek había escogido la ruta del sur por razones obvias: los nadir se acercaban desde el norte, y el camino más rápido para alejarse del combate era seguir una línea recta en dirección contraria.

Sacudió las riendas e hizo que su montura avanzase hacia el sur. A su izquierda, el sol naciente despuntaba sobre las cumbres azuladas de las montañas orientales. El cielo era azul, los pájaros cantaban, y los sonidos de la ciudad que se despertaba quedaban a su espalda. Pero era el sol naciente de los nadir, Rek lo sabía. Para los drenai era el crepúsculo.

Llegó a lo alto de una cuesta y contempló el bosque de Graven, blanco y virginal bajo la nieve reciente. Aun así, era un lugar sobre el que se contaban anécdotas funestas, y normalmente lo habría evitado; que se dispusiera a atravesarlo significaba que sabía dos cosas: en primer lugar, que las anécdotas tenían relación con las actividades de un hombre; en segundo, que conocía a aquel hombre.

Reinard.

Se había asentado en Graven con su banda de asesinos sedientos de sangre, y resultaban una herida abierta y sangrante en el cuerpo del comercio. Asaltaban caravanas, asesinaban peregrinos y violaban mujeres, y ni siquiera un ejército podía acabar con ellos, ocultos en la inmensidad del bosque.

Reinard. Adiestrado por un príncipe del Infierno, nacido como un noble de Ulalia. O eso decía él. Rek había oído decir que la madre de Reinard era una puta de Lentria y su padre, un marinero desconocido. Rek nunca había compartido con nadie aquella información; por así decirlo, no tenía redaños suficientes. Y pensó, con cierta diversión, que si los hubiera tenido no habría tardado en perderlos en el momento en que Reinard se enterase. Uno de los pasatiempos favoritos del bandido a la hora de tratar con sus prisioneros consistía en asar sobre brasas a algún infortunado y servírselo como cena a quienes lo acompañasen. Si Rek se encontraba con Reinard, lo mejor que podría hacer sería adularlo con tesón, y si aquello no funcionaba, darle las últimas noticias, ponerlo en la pista de la caravana más cercana y alejarse tan deprisa como pudiera de sus dominios.

Rek había tenido la precaución de informarse de todos los detalles sobre las caravanas que atravesarían Graven y sus rutas probables. Sedas, joyas, especias, esclavos, ganado... La verdad era que no deseaba dar aquella información; nada le agradaría más que atravesar Graven tranquilamente, sabiendo que el destino de aquellas caravanas estaba únicamente en manos de los dioses.

Los cascos del caballo apenas hacían ruido sobre la nieve, y Rek mantenía la marcha a paso lento para evitar que las raíces ocultas hicieran tropezar al animal. El frío comenzaba a abrirse paso a través de su ropa de abrigo, y no tardaría en sentir los pies helados dentro de las botas de cuero. Buscó en las alforjas y sacó unos mitones de piel de oveja.

El caballo siguió avanzando lentamente. A mediodía, Rek se dispuso a hacer un breve descanso para comer, y ató al caballo junto a un arroyo helado. Usó un recio puñal vagriano para romper el hielo y permitir que su montura bebiese, y tras ello le dio un puñado de avena. Acarició el cuello del animal, y de repente, este giró la cabeza bruscamente, mostrando los dientes. Rek saltó hacia atrás y cayó sobre un montículo de nieve. Permaneció inmóvil unos instantes y después sonrió.

—Sabía que no te caía bien —dijo. El caballo volvió a mirarlo y soltó un bufido.

Antes de montar de nuevo, Rek echó un vistazo a los cuartos traseros del caballo. Cerca de la cola tenía las marcas de profundas cicatrices. Las acarició con suavidad.

—Así que alguien la emprendió a fustazos contigo, ¿eh, *Narciso*? No parece que te doblegaran, muchacho.

Montó. Con suerte, estaría fuera del bosque en cinco días.

Los robles nudosos que se alzaban sobre raíces retorcidas cubrían el camino de sombras ominosas, y el viento nocturno hacía oscilar las ramas, produciendo sonidos susurrantes mientras Rek guiaba a su montura hacia el interior del bosque. La luna apareció sobre los árboles e inundó el camino con una luz fantasmal. A Rek empezaron a castañearle los dientes, y se dispuso a buscar un lugar donde acampar aquella noche; una hora más tarde encontró una pequeña oquedad al pie de una charca cubierta de hielo. Usó unos arbustos para construir un pequeño refugio que protegiera al caballo del viento, dio de comer al animal y encendió una fogata junto a un roble caído y una gran roca. Protegido del viento, y con el calor del fuego reflejándose en la roca, Rek se preparó un té para ayudar a bajar la carne seca; después se echó una manta sobre los hombros, se apoyó en el tronco del roble y contempló cómo danzaban las llamas.

Un zorro escuálido asomó el hocico a través de un arbusto, con la mirada fija en el fuego. Impulsivamente, Rek le arrojó un trozo de carne. El animal pasó la mirada del hombre al bocado, y de nuevo al hombre, antes de lanzarse sobre la carne que reposaba en el suelo helado y volver a desvanecerse en la noche. Rek acercó las manos al fuego y pensó en Horeb.

El fornido posadero lo había criado después de que matasen al padre de Rek en el norte, en la guerra contra los sathuli. Horeb era honrado, leal, firme y digno de confianza. Y amable; un príncipe entre los hombres.

Rek le había pagado su deuda para con él una noche, que no podrían olvidar, en la que tres desertores vagrianos lo habían atacado en un callejón cercano a la posada. Fue una suerte que Rek hubiera estado levantado, bebiendo, y cuando oyó el sonido del acero contra el acero salió a toda prisa. En aquel callejón, Horeb estaba librando una batalla perdida; su cuchillo de cocina no era rival para tres espadas. Aun así, el viejo había sido guerrero y se defendía bien. Rek se había quedado helado en el sitio, olvidando su propia espada. Había intentado avanzar, pero sus piernas se negaban a obedecerlo. De repente, una espada había atravesado la guardia de Horeb y le había abierto una profunda herida en la pierna.

Rek gritó, y el grito le arrancó el miedo de encima.

La sangrienta escaramuza había terminado en cuestión de segundos. Rek despachó a uno de los atacantes con un tajo en el cuello, detuvo una estocada de otro y empotró al tercero contra una pared cuando cargó contra él con un hombro. Desde el suelo, Horeb agarró a aquel hombre, lo hizo caer y lo apuñaló con el cuchillo de cocina. El segundo atacante huyó.

—Has estado maravilloso, Rek —había dicho Horeb—. Créeme, peleas como un veterano.

«Los veteranos no se quedan paralizados por el miedo», había pensado Rek.

Echó unas ramas al fuego. Una nube ocultó la luna, y un búho ululó. Rek cerró una mano temblorosa en torno al puñal.

«Maldita sea la oscuridad —pensó—. ¡Y malditos sean todos los héroes!»

Fue soldado durante un tiempo; estuvo acuartelado en Dros Corteswain, y lo había disfrutado. Pero las escaramuzas contra los sathuli se convirtieron en una guerra fronteriza, y aquello acabó con la diversión. Rek hizo un buen trabajo y fue ascendido; los oficiales veteranos le habían dicho que tenía grandes dotes para la estrategia. Pero aquellos oficiales no sabían nada de las noches en blanco. Rek estaba seguro de que sus hombres lo respetaban, pero aquello se debía a que era extremadamente cauteloso. Abandonó antes de que lo traicionasen los nervios.

—¿Estás loco, Rek? —le había preguntado el *gan* Yavi cuando Rek abandonó su cargo—. La guerra se está encarnizando. Van a llegar tropas nuevas, y un excelente oficial como tú será ascendido, sin duda. Antes de seis meses estarás al mando de una centuria. Quizá hasta te concedan el águila de *gan*.

—Lo sé, señor, y creed que lamento tener que alejarme de la acción, pero se trata de un asunto familiar. Maldición, daría mi brazo derecho por poder quedarme, y vos lo sabéis.

—Lo sé, muchacho. Y te echaremos de menos, por Missael. Tus hombres se quedarán hechos polvo. Si cambias de idea, aquí habrá un puesto para ti. En cualquier momento. Eres un soldado nato.

—Lo recordaré, señor. Os agradezco vuestra ayuda y vuestro apoyo.

—Otra cosa, Rek —le había dicho el *gan* Yavi, recostándose en su asiento tallado—. ¿Estás al tanto de los rumores de que los nadir se preparan para marchar hacia el sur?

—Siempre ha habido rumores como ese, señor.

—Lo sé; llevan años circulando. Pero ese Ulric es un tipo astuto. Ya ha conquistado la mayoría de las tribus, y creo que está casi listo.

—Pero Abalayn ha firmado un tratado con él —había dicho Rek—. Paz a cambio de concesiones comerciales y dinero para sus planes de reconstrucción.

—A eso me refiero, muchacho. No tengo nada en contra de Abalayn; ha gobernado bien Drenai durante veinte años. ¡Pero no se puede detener a un lobo dándole comida, te lo aseguro! En cualquier caso, lo que trato de decir es que serán necesarios hombres como antes de que pase mucho tiempo, así que procura no oxidarte.

Lo último que necesitaba Drenai era un hombre al que le daba miedo la oscuridad. Lo que hacía falta era otro Karnak el Tuerto; o una veintena. Un Conde de Bronce. Un centenar como Druss el Legendario. E incluso así, si gracias a un milagro apareciesen, ¿podrían detener un maremoto formado por medio millón de guerreros de las tribus?

Ni siquiera era posible imaginar semejante número.

Rek sabía que se desbordarían a través de Dros Delnoch como un mar furioso.

«Incluso si hubiese una oportunidad, no iría. Afróntalo —pensó—. Incluso si la victoria estuviese garantizada, evitaría la batalla.»

¿A quién le importaría dentro de cien años que sobrevivieran los drenai? Sería como la batalla del paso de Skeln, envuelta en un aura de leyenda y exagerada mucho más allá de lo real.

¡Guerra!

Moscas que cubren como una mancha negra las entrañas de un hombre, que aúlla de dolor e intenta contener las vísceras con las manos ensangrentadas, esperando un milagro. Hambre, frío, miedo, enfermedad, gangrena, muerte...

Eso es la guerra para los soldados.

El día que había abandonado Dros Corteswain se le había acercado un *cul* y le había ofrecido con nerviosismo un fardo apretado.

—De parte de la tropa, mi señor —había dicho.

Rek lo había abierto, avergonzado y sin saber qué decir, y había sacado una capa azul con un broche de bronce tallado en forma de águila.

—No sé cómo daros las gracias.

—Los hombres me han pedido que os diga... Bueno, que lamentamos que os marchéis. Eso es todo, mi señor.

—Yo también lo siento, Korvac. Asuntos familiares.

El hombre había asentido, probablemente deseando tener él asuntos familiares que le permitiesen abandonar el Dros. Pero los *culs* no estaban autorizados a renunciar; sólo los pertenecientes a la clase de los *duns* podían abandonar una fortaleza en tiempo de guerra.

—Bueno, buena suerte, señor. Espero volver a veros pronto... Todos lo esperamos.

—Sí. Pronto.

Aquello había ocurrido hacía dos años. El *gan* Yavi había muerto de un infarto, y algunos de los oficiales camaradas de Rek cayeron en batallas contra los sathuli. No había tenido noticias de ningún *cul*.

Los días pasaron, fríos y sombríos, pero afortunadamente sin ningún incidente. En la mañana del quinto día, mientras avanzaba por un ancho sendero que bordeaba un robledal, Rek oyó un sonido que aborrecía por encima de todos los demás: el chocar del acero contra el acero. Sabía que debería seguir cabalgando; pero, por algún motivo, su curiosidad sobrepasó ligeramente a su miedo. Amarró al caballo, se echó el carcaj a la espalda y cogió el arco de cuerno. Después se abrió paso entre los árboles cautelosamente y bajó hasta una cañada cubierta de nieve. Avanzó con sigilo, como un felino, hasta llegar al claro desde el que provenían los sonidos del combate.

Una joven, con una armadura de plata y bronce, se erguía con la espalda contra un árbol, resistiendo desesperadamente el ataque conjunto de tres forajidos: unos tipos robustos y barbudos, armados con espadas y puñales. La joven empuñaba una hoja esbelta, una espada centelleante y ágil con la que soltaba tajos y estocadas con tremenda rapidez.

Los tres hombres, espadachines torpes, se estorbaban entre ellos, pero la mujer empezaba a cansarse.

«Hombres de Reinard», pensó Rek, maldiciendo su curiosidad. Uno de los tres lanzó un grito cuando la espada de la mujer le ensartó el antebrazo.

—¡Toma esto, montón de mierda! —gritó la joven.

Rek sonrió. No era muy guapa, pero sabía luchar.

Colocó una flecha en el arco y esperó al momento adecuado para dejarla emprender el vuelo. La joven esquivó un fuerte tajo y le clavó la espada en el ojo a un bandolero, que lanzó un grito y cayó. Los otros dos retrocedieron ligeramente, más cautelosos. Se separaron para atacar a la joven por ambos flancos, que era lo que ella había estado temiendo hasta aquel momento, puesto que su única defensa sería volar. La mirada de la joven pasó de un hombre a otro; se disponía a atacar al más alto, olvidarse del otro y esperar que el primer golpe que le diera no fuese mortal. Quizá pudiera llevarse a los dos por delante.

El bandido alto se movió hacia la izquierda mientras su compañero se apartaba hacia la derecha. En aquel momento, Rek apuntó a la espalda del hombre alto, disparó, y la flecha atravesó la pantorrilla izquierda del bandido. Rek cargó rápidamente otra flecha. El sorprendido atacante giró en redondo, vio a Rek y echó a correr hacia él, cojeando y lanzando gritos de odio.

Rek tensó la cuerda hasta rozarse con ella la mejilla, afirmó el brazo izquierdo y disparó.

Aquella vez, su puntería fue ligeramente mejor. Había apuntado al pecho, el blanco más grande, pero la flecha salió alta y el forajido cayó de espaldas, con el astil negro alzándose en mitad de la frente. La sangre comenzó a manchar la nieve.

—Te has tomado tu tiempo para intervenir —dijo la joven con frialdad. Se acercó al cadáver del tercer forajido y usó su camisa para limpiar la fina hoja de la espada.

Rek apartó la mirada del rostro del hombre que había matado.

—Acabo de salvarte la vida —dijo, reprimiendo una réplica airada.

La joven era alta y bien formada, de rasgos casi masculinos. Su larga melena de color castaño claro estaba despeinada. Tenía los ojos azules, casi hundidos bajo unas espesas cejas castañas que indicaban un temperamento inestable. Su figura quedaba disimulada por la cota de malla de acero plateado y las hombreras de bronce. Llevaba las piernas embutidas en unos pantalones de lana teñida de verde sujetos a las caderas con tiras de cuero.

—¿Qué estás mirando? —preguntó la joven—. ¿No habías visto nunca una mujer?

—Bueno, eso responde a la primera pregunta —replicó Rek.

—¿Qué significa eso?

—Eres una mujer.

—¡Vaya! ¡Muy agudo! —Recogió un jubón de piel de oveja que había tirado cerca de un árbol, le sacudió la nieve y se lo puso. Rek pensó que no mejoraba mucho su aspecto.

—Me han atacado —dijo la joven—. ¡Han matado a mi caballo, los muy bastardos! ¿Dónde está el tuyo?

—Tu gratitud me abruma —dijo Rek, con un asomo de irritación en la voz—. Eran hombres de Reinard.

—¿De verdad? ¿Algún amigo tuyo?

—No exactamente. Pero si se entera de lo que he hecho, asará mis ojos y me los servirá de aperitivo.

—De acuerdo. Comprendo tu punto de vista. Estoy muy agradecida. Y ahora, ¿dónde está tu caballo?

Rek hizo caso omiso de la joven, aunque la ira le hacía rechinar los dientes. Se acercó al forajido muerto, recuperó las flechas y las limpió en el jubón del hombre. Después, metódicamente, registró los bolsillos de los tres. Tras aumentar su riqueza en siete monedas de plata y unos cuantos anillos de oro, regresó junto a la joven.

—Mi caballo tiene una silla, y lo monto yo —dijo con frialdad—. Ya he hecho por ti todo lo que estaba dispuesto a hacer. Ahora tendrás que arreglártelas por tu cuenta.

—Muy caballeroso por tu parte.

—La caballerosidad no es lo mío —dijo Rek, alejándose.

—La puntería, tampoco.

—¿Qué?

—Apuntabas a la espalda de aquel tipo, a veinte pasos, y le has acertado en la pierna. Eso es porque has cerrado un ojo; eso hace perder la perspectiva.

—Gracias por el consejo sobre arquería. ¡Que tengas suerte!

—¡Espera! —Rek se volvió—. Necesito tu caballo.

—Yo también.

—Te pagaré.

—No está en venta.

—De acuerdo. Te pagaré por llevarme a algún sitio donde pueda comprar un caballo.

—¿Cuánto? —preguntó Rek.

—Un rak de oro.

—Cinco.

—¡Con eso puedo comprarme tres caballos! —exclamó la joven.

—Cuestión de oferta y demanda —replicó Rek.

—Dos raks y no se hable más.

—Tres.

—Está bien, tres. Y ahora, ¿dónde está tu caballo?

—Primero el dinero, querida. —Tendió la mano. La joven le dirigió una mirada gélida con los ojos azules mientras sacaba las monedas de una bolsa de cuero y las depositaba sobre la palma extendida.

—Me llamo Regnak. Rek para mis amigos.

—Eso no me interesa —replicó la joven.

TRES

Cablgaron en un silencio tan frío como el clima; la alta joven sentada en la grupa, tras Rek, que resistía el impulso de espolear al caballo, a pesar del miedo que le aferraba el vientre. Habría sido injusto decir que se arrepentía de haberla rescatado; a fin de cuentas, aquello había hecho maravillas con su autoestima. Su temor procedía de la posibilidad de encontrarse con Reinard; aquella mujer jamás sería capaz de quedarse sentada en silencio mientras Rek soltaba lisonjas y mentiras. E incluso si tuviera un golpe de suerte y ella fuese capaz de mantener la boca cerrada, sin duda lo denunciaría más tarde por informar sobre los movimientos de las caravanas.

El caballo tropezó con una raíz oculta y la joven cayó a un lado. La mano de Rek la sujetó por un brazo y la volvió a montar tras la silla.

—Pásame los brazos por la cintura, ¿de acuerdo? —le dijo a la joven.

—¿Cuánto me va a costar?

—Limitate a agarrarte. Hace demasiado frío para discutir.

Los brazos de la joven lo rodearon, y esta apoyó la cabeza en su espalda.

Sobre ellos se acumularon nubes oscuras y densas, y la temperatura empezó a bajar.

—Tendremos que acampar pronto —dijo Rek—. El tiempo está empeorando.

—Sí.

Comenzó a nevar, y el viento arreció. Rek bajó la cabeza ante la fuerza de la tormenta y parpadeó para librarse de los copos de nieve que le caían en los ojos.

Hizo que el caballo abandonase el camino y se adentrase en el refugio que ofrecían los árboles, sujetándose al pomo de la silla mientras el animal subía por una cuesta empinada. Sabía que sería estúpido acampar en un lugar abierto con aquella fuerte tormenta. Necesitaban una cueva, o al menos el abrigo de una pared rocosa. Siguieron avanzando durante una hora, hasta que llegaron a un claro rodeado de robles y tojos. En el claro se alzaba una cabaña de paredes de madera y techo de barro. Rek observó la chimenea de piedra: no había humo.

Espoleó a la agotada montura y avanzaron. A un lado de la cabaña había un cobertizo de tres lados, con un techo de mimbre que se inclinaba bajo el peso de la nieve. Hizo entrar en él al caballo.

—Baja —le dijo a la joven, pero las manos de esta no se apartaron de su pecho. Rek bajó la mirada y vio que estaban azules. Las frotó con energía—. ¡Despierta! ¡Despiértate, maldita sea!

Apartó las manos de la joven, se deslizó desde la silla y la atrapó mientras caía. Tenía los labios azules y el pelo cubierto de hielo. Se la cargó a un hombro, cogió las alforjas, aflojó la cincha de la silla y llevó a la mujer al interior de la cabaña. La puerta de madera estaba abierta, y la nieve se arremolinó en el interior cuando entró Rek.

La cabaña tenía una única estancia. Había un catre en una esquina, bajo la única ventana; la chimenea; unos cuantos armarios sencillos, y una reserva de madera que serviría para dos noches, quizá tres, amontonada contra la pared del fondo. También había tres sillas toscas y una mesa rudimentaria fabricada con un tablón de olmo. Rek acostó en el catre a la joven inconsciente, encontró una escoba bajo la mesa y barrió hacia el exterior la nieve que había entrado en la estancia. Cerró la puerta, pero uno de los desgastados goznes de cuero cedió, y la puerta quedó balanceándose, abierta por arriba. Rek maldijo, acercó la mesa a la entrada y la apoyó en el marco de la puerta.

Abrió las alforjas de un tirón, sacó una caja de yesca y se acercó a la chimenea. Quienquiera que fuese el propietario o el constructor de la cabaña había dejado madera lista para ser encendida, como era la costumbre en las montañas. Rek abrió la caja de yesca, amontonó unas hojas secas bajo las ramas dispuestas en la chimenea, derramó sobre ellas un poco de aceite para lámparas que llevaba en una petaca de cuero y golpeó el pedernal. Tenía los dedos torpes a causa del frío y no consiguió arrancar ninguna chispa, de modo que aguardó unos instantes, obligándose a respirar lentamente. Por segunda vez golpeó el pedernal y, en aquella ocasión, prendió una leve llama. Se inclinó hacia delante, sopló suavemente sobre la yesca y, cuando se encendieron las ramitas, se dirigió al montón de leña, recogió más ramas y las fue amontonando con cuidado sobre el pequeño fuego. Las llamas crecieron.

Acercó dos sillas a la chimenea, colocó las mantas sobre ellas y regresó junto a la joven que yacía en el tosco catre y que apenas respiraba.

—Es la puta armadura —dijo.

Desató con dedos torpes las correas del jubón, haciendo girar a la joven para quitárselo. Tras ello la liberó con rapidez del resto de la ropa y comenzó a frotarle la piel. Echó una ojeada al fuego, añadió tres troncos y extendió las mantas en el suelo, delante de la chimenea. Sacó a la mujer del catre, la acostó frente al fuego y la puso boca abajo para frotarle la espalda.

—¡No se te ocurra morirte! —gritó, golpeándole las piernas—. ¡No te atrevas!

Le secó el pelo con una toalla y la envolvió en las mantas. El suelo estaba frío; la helada había calado bajo la cabaña. Rek acercó el catre a la chimenea y acostó en él a la joven. Tenía el pulso lento, pero estable.

Le observó el rostro. Era hermosa. No en un sentido clásico; tenía las cejas demasiado espesas, la mandíbula demasiado cuadrada y los labios demasiado voluminosos. Pero era un rostro que mostraba fuerza, valor y determinación. Y, además, mientras dormía, su expresión tenía cierta delicadeza y un aire infantil.

La besó suavemente.

Se abrochó el jubón de piel de oveja, apartó la mesa y salió de la cabaña, a la tormenta. El caballo resopló cuando se acercó a él. Había un poco de paja en el cobertizo; cogió un puñado y frotó el lomo del animal.

—Va a ser una noche fría, chico, pero aquí estarás bien.

Extendió la manta de la silla de montar sobre el ancho lomo del animal, le dio un poco de avena y regresó a la cabaña.

La joven tenía mejor color y dormía plácidamente.

Rebuscó en los armarios y encontró una sartén de hierro. Desató la cantimplora de lona y acero de las alforjas, cogió un trozo de carne y se dispuso a preparar un caldo. Sentía ya menos frío, y se quitó la capa y el jubón. En el exterior, el viento golpeaba las paredes mientras crecía la furia de la tormenta, pero el fuego llenaba la cabaña con su calidez y una débil luz rojiza. Rek se quitó las botas y se frotó los dedos de los pies. Se sentía bien. Vivo. ¡Y hambriento!

Sacó de las alforjas un cuenco de barro reforzado con cuero y probó la sopa. La joven se agitó, y Rek pensó durante un instante en despertarla, pero lo dejó correr. Tal como estaba en aquel momento era encantadora; despierta era una arpía. La mujer se volvió y gimió; una larga pierna salió de debajo de la manta. Rek sonrió al recordar su cuerpo; ¡no era masculino en absoluto! Era grande, pero maravillosamente bien proporcionada. Se quedó mirando la pierna, y su sonrisa se desvaneció. Se imaginó acostado desnudo junto a ella...

—¡No, Rek! —dijo en voz alta—. Olvídalo.

La tapó de nuevo con la manta y retomó el caldo.

«Prepárate —se dijo—. Cuando se despierte te acusará de haberte aprovechado de ella y te sacará los ojos.»

Cogió la capa, se envolvió en ella y se tumbó junto al fuego. El suelo estaba más cálido. Echó más leños a la hoguera, apoyó la cabeza en un brazo y contempló las llamas danzantes, que giraban y saltaban, se retorcían y daban la vuelta...

Se durmió.

Lo despertó el olor del tocino frito. La cabaña estaba caliente. Sentía el brazo dormido y acalambrado; se estiró, gruñó y se sentó. La joven no estaba allí. De repente se abrió la puerta y la vio entrar, sacudiéndose la nieve del jubón.

—Estaba atendiendo al caballo —dijo ella—. ¿Te apetece comer algo?

—Desde luego. ¿Qué hora es?

—El sol ha salido hace unas tres horas. La nevada está amainando.

Rek obligó a su dolorido cuerpo a ponerse en pie, y estiró los músculos de la espalda.

—Demasiado tiempo en Drenan en camas blandas —dijo.

—Eso debe ser también la causa de esa barriga —replicó ella.

—¿Barriga? Tengo la columna torcida. Y en cualquier caso, se trata de músculos relajados. —Bajó la mirada—. Está bien, es barriga. Unos cuantos días más así y habrá desaparecido.

—No lo dudo. Sea como sea, tuvimos suerte de encontrar este lugar.

—Desde luego. —La conversación se agotó mientras ella volvía a dedicarse al tocino. Rek se sentía incómodo en aquel silencio, y los dos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—Esto es ridículo —dijo la joven al cabo de un rato.

—Sí. El tocino huele bien.

—Mira... Quería darte las gracias. Ya está; ya lo he dicho.

—Fue un placer. ¿Qué tal si volvemos a empezar, como si no nos hubiéramos visto antes? Me llamo Rek. —Tendió la mano.

—Virae —dijo ella, agarrándole la muñeca en un saludo de guerrero.

—Encantado. ¿Y qué te trae por el bosque de Graven, Virae?

—No es asunto tuyo —le espetó la joven.

—¡Yo creía que íbamos a empezar de nuevo!

—Lo siento, ¡de verdad! Mira, me cuesta trabajo mostrarme amistosa. No me caes demasiado bien.

—¿Cómo puedes saberlo? Apenas hemos cruzado diez palabras. Es un poco pronto para juzgar caracteres, ¿no?

—Conozco a los de tu tipo —dijo Virae. Cogió dos platos, dejó caer en ellos hábilmente el tocino de la sartén y le alargó uno—. Arrogante. Crees que eres un regalo que los dioses han hecho al mundo. Despreocupado.

—¿Y qué tiene eso de malo? Nadie es perfecto. Disfruto de la vida; es la única que tengo.

—Es la gente como tú la que ha echado a perder este país. La gente que no se preocupa, que vive día a día. Avaros y egoístas. Hubo un tiempo en que fuimos grandes.

—Bobadas. Hubo un tiempo en que fuimos guerreros, conquistamos a todos e impusimos las reglas de los drenai en todo el mundo. Ya ves.

—¡No había nada de malo en ello! Los pueblos que conquistamos prosperaron, ¿no? Construimos escuelas, hospitales y carreteras. Fomentamos el comercio y le dimos al mundo el sistema jurídico de Drenai.

—Entonces no debería molestarte mucho que el mundo esté cambiando —respondió Rek—. Ahora se impondrá el sistema nadir. La única razón por la que Drenai pudo conquistar al resto fue porque ya había pasado el momento de gloria de las naciones que nos rodeaban. Se habían vuelto cómodas y perezosas, egoístas y llenas de gente a la que no le importaba nada. Todas las naciones caen así.

—Vaya, eres un filósofo, ¿verdad? —dijo Virae—. Bueno, tus opiniones son tan despreciables como tú.

—Ah, ¿así que soy despreciable? ¿Qué sabes tú de ser despreciable, tú que te paseas por ahí vestida de hombre? Eres un guerrero de pega. Si estás tan ansiosa por defender los valores de Drenai, ¿por qué no te acercas a Dros Delnoch con los demás idiotas y agitas tu bonita espada delante de los nadir?

—Acabo de volver de allá, y regresaré en cuanto haya terminado lo que he venido a hacer —le respondió con frialdad.

—Entonces eres idiota —dijo Rek, sin mucho entusiasmo.

—Fuiste soldado, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Por qué dejaste el ejército?

—No es asunto tuyo. —Hizo una pausa. Después, para romper el embarazoso silencio, siguió hablando—. Deberíamos llegar a Glen Frenae esta tarde. Es sólo una aldea, pero venden caballos.

Terminaron de comer sin decir nada más. Rek se sentía irritado e incómodo, pero no se veía capaz de atravesar la barrera que se había alzado entre ellos. Virae limpió los platos y la sartén, moviéndose torpemente bajo la cota de malla.

La joven estaba enfadada consigo misma. No había pretendido discutir con el hombre. Durante horas, mientras él dormía, se había movido sigilosamente por la cabaña para no despertarlo. Al principio, cuando se despertó, se había sentido furiosa y avergonzada por lo que él había hecho, pero sabía lo suficiente sobre la congelación para darse cuenta de que le había salvado la vida. Y no se había aprovechado de ella; de haber sido así, lo habría matado sin vacilar y sin remordimientos.

Lo había estado observando mientras dormía. Era apuesto, de una forma extraña; a pesar de que tenía buen aspecto, era alguna característica indefinible lo que lo hacía atractivo. Un aire de amabilidad, quizá. De sensibilidad. Le resultaba difícil concretarlo.

¿Por qué tenía que ser tan atractivo? Aquello la enfurecía; no tenía tiempo para romances. Después le asaltó un pensamiento amargo: nunca había tenido tiempo para romances. ¿O era que los romances no habían tenido tiempo para ella? Como mujer, era torpe; no se sentía segura en compañía de los hombres, excepto en el fragor del combate, o como una camarada más. Las palabras de Rek volvieron a su memoria: «¿Qué sabes tú de ser despreciable, tú que te paseas por ahí vestida de hombre?».

Y él le había salvado la vida dos veces. ¿Por qué le había dicho que le caía mal? ¿Tan asustada estaba?

Lo oyó salir de la cabaña. Y a continuación, una voz desconocida:

—¡Regnak, querido! ¿Es cierto que tienes una mujer ahí?

Virae cogió la espada.

CUATRO

El abad puso las manos en la cabeza del joven albino arrodillado ante él y cerró los ojos. Le habló de mente a mente, como era costumbre en la Orden.

—*¿Estás listo?*

—*¿Cómo puedo saberlo?* —respondió el albino.

—*Libera tu mente ante mí* —dijo el abad.

El joven relajó su control y, en su mente, la imagen del amable rostro del abad se superpuso a sus propios pensamientos, que flotaron entrelazándose con los recuerdos del anciano. La poderosa personalidad del abad cubrió la del joven como una capa reconfortante, y se durmió.

Cuando el abad lo despertó, la desconexión fue dolorosa, y sus temores regresaron. Volvía a ser Serbitar, y volvía a tener sus propios pensamientos.

—*¿Estoy listo?* —preguntó.

—*Lo estarás. Se acerca el mensajero.*

—*¿Es digno?*

—*Júzgalo por ti mismo. Acompáñame a Graven.*

Sus espíritus flotaron entrelazados por encima del monasterio, libres como el viento invernal. Bajo ellos se extendían los campos cubiertos de nieve que bordeaban el bosque. El abad hizo que se adelantaran, sobrevolando los árboles. En un claro, junto a una cabaña, un grupo de hombres observaba la puerta, en la que había un joven alto y, tras él, una mujer que empuñaba una espada.

—*¿Quién es el mensajero?* —preguntó el albino.

—*Observa* —le respondió el abad.

A Reinard no le habían salido muy bien las cosas últimamente. El ataque a una caravana había sido rechazado, y había sufrido demasiadas bajas. Tres más de sus hombres habían sido encontrados muertos al anochecer; entre ellos se hallaba su hermano Erlik. Un prisionero, capturado dos días antes, había muerto de frío antes de que hubiera comenzado la auténtica diversión, y el clima había empeorado. La mala suerte lo perseguía, y no acababa de entender por qué. Maldijo mentalmente al augur, furioso. Si no se hubiera metido en uno de sus periodos

de sueño de tres días, habrían evitado atacar la caravana. Reinard había coqueteado con la idea de cortarle los pies mientras dormía, pero el sentido común y el interés lo habían hecho contenerse. El augur era valiosísimo. Había salido del trance mientras Reinard cargaba con el cadáver de Erlik de vuelta al campamento.

—¿Ves lo que ha pasado mientras dormías? —había estallado Reinard.

—Has perdido a ocho hombres en un ataque que ha salido mal, y una mujer ha matado a Erlik y a otro después de que ellos hubieran matado a su caballo —había respondido el augur. Reinard miró torvamente al anciano, clavando los ojos en las cuencas vacías de este.

—¿Una mujer?

—Sí.

—Había tres hombres muertos. ¿Qué pasó con el tercero?

—Lo mató una flecha en la frente.

—¿Quién la disparó?

—El hombre llamado Regnak. El Vagabundo que viene por aquí a veces.

Reinard sacudió la cabeza. Una mujer le había llevado una copa de vino caliente, y él se había sentado en una gran roca ante el fuego.

—No puede ser. ¡No se atrevería! ¿Estás seguro de que fue él?

—Fue él —respondió el augur—. Y ahora debo descansar.

—¡Espera! ¿Dónde están?

—Los encontraré —había dicho el anciano, y había regresado a su choza.

Reinard había pedido algo de comer y después había llamado a Grussin. El hachero se había agachado ante él.

—¿Lo has oído? —le había preguntado Reinard.

—Sí. ¿Lo crees?

—Es ridículo, pero ¿se ha equivocado alguna vez? Debo de estar haciéndome viejo. Cuando un cobarde como Rek se atreve a atacar a mis hombres, es que estoy haciendo algo mal. Lo cocinaré a fuego lento sobre las brasas por esto.

—No andamos bien de comida.

—¿Qué?

—Tenemos pocas provisiones. Está siendo un invierno largo, y necesitábamos esa puta caravana.

—Habrá otras. Primero encontraremos a Rek.

—¿Vale la pena? —había preguntado Grussin.

—¿Que si vale la pena? Ayudó a una mujer a matar a mi hermano. Quiero verla atada a un poste y que la usen todos los hombres. Quiero arrancarle la piel a tiras desde los pies hasta el cuello. Y después se la echaré a los perros.

—Como ordenes.

—No pareces muy entusiasmado —había dicho Reinard, arrojando al fuego el plato vacío.

—¿No? Bueno, quizá me esté haciendo viejo. Cuando vinimos aquí parecía haber una razón para todo esto, pero estoy empezando a olvidar cuál era.

—Vinimos aquí porque Abalayn y sus perros sarnosos saquearon mi granja y mataron a mi familia. Y yo no lo he olvidado. No te estarás ablandando, ¿verdad?

Grussin había observado el brillo en los ojos de Reinard.

—Por supuesto que no. Tú eres el jefe, y lo que ordenes me parece bien. Encontraremos a Rek y a la mujer. ¿Por qué no descansas un rato?

—A la mierda el descanso —había mascullado Reinard—. Duerme tú si lo necesitas. Nos marcharemos en cuanto el viejo nos oriente.

Grussin había regresado a su cabaña y se había arrojado en su camastro cubierto de helechos.

—¿Hay algún problema? —le había preguntado Mella, su mujer, mientras se arrodillaba a su lado y le ofrecía vino.

—¿Te gustaría marcharte? —le había preguntado él a su vez, apoyándole una mano en el hombro. Mella se había inclinado hacia delante y lo había besado.

—Adonde quieras ir, iré contigo.

—Estoy harto de todo esto. Harto de las matanzas. Cada día que pasa, todo tiene menos sentido. Debe de haberse vuelto loco.

—¡Calla! —había susurrado ella, preocupada. Se había acercado al rostro barbudo del hombre y había seguido hablando en voz baja—: No menciones tus temores en voz alta. Podemos marcharnos sigilosamente cuando llegue la primavera. Mientras tanto, mantente tranquilo y haz lo que él te ordene.

Grussin asintió. Sonrió y besó el pelo de la mujer.

—Tienes razón —le había dicho—. Duerme un poco. —La mujer se había acurrucado junto a él, y él la había tapado con la manta—. No te merezco —le había dicho mientras sus ojos se cerraban.

¿Dónde habían empezado a ir mal las cosas? Cuando eran jóvenes, llenos de ardor, Reinard se había mostrado cruel ocasionalmente, y sólo con el fin de forjar la leyenda. O eso había dicho. Pretendía que se convirtieran en una espina en el costado de Abalayn hasta lograr justicia. Eso había ocurrido diez años antes. Diez miserables y sangrientos años.

Grussin esperaba que su causa hubiera sido siempre justa.

—Bueno, ¿vienes o qué? —había dicho Reinard desde la puerta—. Están en la vieja cabaña del bosque.

Había sido una larga marcha bajo el frío lacerante, pero Reinard apenas lo había notado. La ira lo abrasaba, y la expectativa de la venganza daba energías a sus músculos; las leguas se cubrieron con rapidez.

La cabeza de Reinard estaba llena de imágenes de satisfactoria violencia y de la música de los gritos. Sería el primero en tomar a la mujer, y le haría cortes con un cuchillo al rojo. Se había excitado ante aquella idea.

Y en cuanto a Rek... Sabía cuál sería la expresión de Rek cuando los viese llegar. Terror. Un terror que le embotaría el cerebro y le aflojaría el vientre.

Pero se equivocaba.

Rek había salido de la cabaña, temblando de furia. No era capaz de soportar el desprecio en la expresión de Virae; sólo la ira podía borrarlo, y a duras penas. Él no podía evitar ser lo que era, ¿no? Algunos hombres han nacido para ser héroes; otros, para ser cobardes. ¿Qué derecho tenía ella a juzgarlo?

—¡Regnak, querido! ¿Es cierto que tienes una mujer ahí?

La mirada de Rek estudió al grupo. Más de veinte hombres de pie formaban un semicírculo tras el hombre alto y de anchas espaldas que los encabezaba. Junto a Reinard se alzaba Grussin el Hachero, gigantesco y poderoso, empuñando el hacha de doble filo.

—Buenos días, Rein —dijo Rek—. ¿Qué te trae por aquí?

—He oído decir que tienes a quien te caliente la cama, y he pensado: «Al bueno de Rek no le importará compartir». Y me gustaría invitarte a mi campamento. ¿Dónde se ha metido?

—No es para ti, Rein, pero te ofrezco un trato. Hay una caravana que se dirige...

—¡Olvídate de la caravana! —gritó Reinard—. Límitate a sacar a la mujer.

—Especias, joyas, pieles. Es grande —dijo Rek.

—Puedes contármelo mientras andamos. Ahora no me hagas perder la paciencia; ¡sácala!

La ira de Rek estalló, y su espada salió disparada de la funda.

—¡Venid a cogerla, bastardos!

Virae salió de la cabaña y se puso a su lado, empuñando su espada, mientras los forajidos desenvainaban las armas y avanzaban.

—¡Esperad! —ordenó Reinard, alzando una mano. Dio un paso adelante y forzó una sonrisa—. Escúchame, Rek; esto no tiene sentido. No tenemos nada contra ti; eres un amigo. ¿Qué es esta mujer para ti? Mató a mi hermano, así que es un asunto de honor. Guarda la espada y podrás irte. Pero a ella la quiero viva. —«Y a ti también», pensó.

—¡Si la quieres, cógela! Y a mí también. Vamos, Rein. Aún recuerdas cómo se usa una espada, ¿no? ¿O vas a hacer lo de siempre? ¿Vas a esconderte detrás de los árboles mientras otros hombres mueren por ti? ¡Corre, gusano!

Rek saltó hacia delante; Reinard retrocedió con rapidez y chocó contra Grussin.

—¡Matadlo! Pero no a la mujer —dijo—. A ella la quiero con vida.

Grussin se adelantó, balanceando el hacha a un lado. Virae se adelantó para colocarse de nuevo al lado de Rek. El hachero se detuvo a diez pasos de la pareja y miró a Rek a los ojos; no iba a ceder. Volvió la mirada a la mujer: joven, valiente; no era hermosa pero no carecía de atractivo.

—¿A qué esperas, mula? —gritó Reinard—. ¡Cógela!

Grussin se volvió y regresó al grupo. Una sensación de irrealidad lo envolvió. Se vio cuando era joven, trabajando y ahorrando para comprar unas tierras. Tenía un arado heredado de su padre, y los vecinos estaban dispuestos a ayudarlo a construir una casa junto al bosquecillo de olmos. ¿Qué había hecho en los años que siguieron?

—¡Traidor! —gritó Reinard, desenvainando la espada.

Grussin detuvo el golpe con facilidad.

—Olvídalo, Rein. Volvamos a casa.

—¡Matadlo! —ordenó Reinard. Los hombres se miraron entre sí; algunos comenzaron a avanzar y otros titubearon—. ¡Bastardo! ¡Sucio traidor! —gritó Reinard, alzando de nuevo la espada.

Grussin inspiró profundamente, aferró el hacha con las dos manos y dio un golpe que destrozó en pedazos la espada de Reinard, pasó rozando la empuñadura y se estrelló en el costado del jefe de los bandoleros. Reinard cayó de rodillas. Grussin se adelantó, alzó el hacha y decapitó al forajido, cuya cabeza rodó sobre la nieve. Dejó caer el hacha y caminó hacia Rek.

—No siempre fue así —le dijo.

—¿Por qué? —le preguntó Rek, bajando su arma—. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Quién sabe? No ha sido por ti, ni por ella. Quizá es que ya he tenido bastante. ¿Dónde está esa caravana?

—Estaba mintiendo —dijo Rek.

—Bien. No volveremos a encontrarnos; me marcho de Graven. ¿Es tu mujer?

—No.

—Podrías encontrar algo peor.

—Lo sé.

Grussin se volvió, se acercó al cadáver y recogió el hacha.

—Fuimos amigos durante mucho tiempo —dijo—. Demasiado.

Dio una orden al grupo, y todos desaparecieron en el bosque sin mirar atrás.

—No me lo puedo creer —dijo Rek—. Ha sido un milagro.

—Será mejor que acabemos de desayunar —dijo Virae—. Voy a preparar un té.

En el interior de la cabaña, Rek comenzó a temblar y se sentó. Su espada tintineaba contra el suelo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Virae.

—Sólo es el frío —le respondió, con los dientes castañeteando.

Virae se arrodilló delante de él y le masajéó las manos sin decir nada.

—El té te sentará bien —dijo al cabo de un rato—. ¿Tienes azúcar?

—En las alforjas, envuelto en papel rojo. Horeb sabe que me gusta el dulce. ¡Lo siento! Normalmente no me afecta tanto el frío.

—No pasa nada. Mi padre siempre decía que el té dulce es muy bueno contra... el frío.

—¿Cómo habrán dado con nosotros? —dijo Rek—. La nevada de anoche tiene que haber cubierto nuestras huellas. Es extraño.

—No lo sé. Toma, bebe esto.

Rek tomó un trago de té, sosteniendo con las dos manos el cuenco de barro. El líquido caliente le salpicó los dedos. Virae se entretuvo limpiando y recogiendo las alforjas; después rastrilló las cenizas de la chimenea y dejó leña dispuesta para encender un fuego, para el próximo viajero que utilizase la cabaña.

—¿Qué haces en Dros Delnoch? —le preguntó Rek. La calidez del té dulce le recorrió el cuerpo.

—Soy la hija del conde Delnar. Vivo allí.

—¿Te hizo marchar para alejarte de la guerra?

—No. Le llevé un mensaje a Abalayn, y ahora le llevo otro a alguien. Cuando lo haya entregado volveré a casa. ¿Te sientes mejor?

—Sí; mucho mejor. —Titubeó y miró a la joven a los ojos—. No era sólo el frío.

—Lo sé. No tiene importancia. Todo el mundo tiembla después de la acción; lo que ocurre mientras tanto es lo que importa. Mi padre me dijo que después de la batalla del paso de Skeln, durante un mes no pudo dormir sin tener pesadillas.

—Tú no estás temblando.

—Eso es porque me mantengo ocupada. ¿Quieres más té?

—Sí, gracias. Creía que íbamos a morir. Y durante un instante no me importó; fue una sensación maravillosa. —Quería decirle lo bien que se sintió con ella a su lado, pero no podía. Quería cruzar la estancia y abrazarla, pero sabía que no sería capaz. Se limitó a mirarla mientras llenaba el cuenco y echaba azúcar al té.

—¿Dónde prestaste servicio? —le preguntó Virae, consciente de la mirada del hombre y no muy segura de qué significaba.

—En Dros Corteswain, al mando del *gan* Yavi.

—Está muerto.

—Lo sé; un infarto. Era un buen jefe. Predijo la guerra que se nos viene encima. Estoy seguro de que Abalayn desearía haberle hecho caso.

—Yavi no fue el único que le advirtió —dijo Virae—. Todos los comandantes del norte habían enviado informes. Mi padre tuvo espías entre los nadir durante años. Era evidente que se disponían a atacarnos. Abalayn es un idiota; en estos momentos está enviando mensajes a Ulric para solicitar nuevos tratados. Se niega a aceptar el hecho de que la guerra es inevitable. ¿Sabes que sólo hay diez mil hombres en Delnoch?

—Creía que eran menos aún —respondió Rek.

—Hay seis murallas, y una ciudad que defender. En tiempo de guerra, la dotación debería ser cuatro veces mayor. Y la disciplina ya no es lo que era.

—¿Por qué?

—Porque todos esperan morir —le respondió Virae, con furia en la voz—. Porque mi padre está enfermo... Se muere. Y porque el *gan* Orrin es tan valiente como un tomate podrido.

—¿Orrin? No he oído hablar de él.

—Es el sobrino de Abalayn. Está al mando de las tropas, pero es un inútil. Si yo fuera un hombre...

—Me alegro de que no lo seas.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo sin mucho entusiasmo—. Era por decir... Me alegro de que no lo seas, eso es todo.

—Como quieras. En cualquier caso, si fuera un hombre podría estar al mando de las tropas. Lo haría condenadamente mejor que Orrin... ¿Por qué me miras así?

—No te estoy mirando. ¡Estoy escuchándote, maldita sea! ¿Por qué sigues incordiándome?

—¿Quieres que encienda el fuego?

—¿Qué? ¿Vamos a estar aquí tanto tiempo?

—Si quieres.

—Decide tú —dijo Rek.

—Descansemos un día. Nos dará tiempo a... conocernos mejor. Hemos empezado fatal, al fin y al cabo. Y ya me has salvado la vida tres veces.

—Una. No creo que te hubieras muerto de frío; eres demasiado dura. Y Grussin nos ha salvado a los dos. Pero tienes razón, estaría bien que nos quedásemos aquí hoy. Pero te lo advierto: no pienso dormir en el suelo otra noche.

—No tienes por qué —le respondió Virae.

El abad sintió la vergüenza del joven albino y sonrió. Apartó las manos y liberó el contacto mental, y volvió a su mesa.

—Ven aquí, Serbitar —dijo en voz alta—. ¿Lamentas haber hecho voto de castidad?

—A veces —respondió el joven, levantándose. Se sacudió el polvo de la túnica blanca y se sentó frente al abad—. La joven es digna; el hombre es un misterio. ¿Se debilitará su fuerza cuando hagan el amor?

—Aumentará —dijo el abad—. Se necesitan el uno al otro. Juntos están completos, como se dice en el Libro Sagrado. Háblame de ella.

—¿Qué puedo decir?

—Tú has entrado en su mente. Háblame de ella.

—Es la hija de un conde. Carece de confianza en sí misma como mujer, y es presa de deseos contradictorios.

—¿Por qué?

—No lo sabe —dijo el joven, intentando esquivar el tema.

—Me he dado cuenta de eso. ¿Sabes tú por qué?

—No.

—¿Y el hombre?

—No he entrado en su mente.

—No, pero ¿qué hay de él?

—Sus temores son grandes. Le da miedo morir.

—¿Eso es una debilidad? —preguntó el abad.

—Puede que lo sea en Dros Delnoch. La muerte, allá, es casi una certeza.

—En efecto. Pero ¿puede darle fuerza?

—No sé cómo —dijo Serbitar.

—¿Qué decía el filósofo sobre los cobardes y los héroes?

—El profeta decía: «Por su naturaleza, sólo el cobarde es capaz de las mayores heroicidades».

—Has de convocar a los Treinta, Serbitar.

—¿Debo guiarlos?

—Sí. Serás la Voz de los Treinta.

—Pero ¿quiénes serán mis hermanos?

El abad se recostó en la silla.

—Arberdark será el Corazón: es fuerte, valeroso y sincero; no puede ser otro. Menahem será los Ojos: tiene las dotes. Yo seré el Alma.

—¡No! —protestó el albino—. No puede ser, maestro. Yo no puedo guiarlos.

—Pero debes. Tú decidirás quiénes son los otros miembros. Aguardaré tu decisión.

—¿Por qué yo? ¿Por qué debo guiar yo? Yo debería ser los Ojos. Arberdark debería estar al mando.

—Confía en mí; todo será revelado.

—Me crié en Dros Delnoch —le dijo Virae a Rek mientras estaban tumbados frente al fuego. La cabeza de Rek estaba apoyada en la capa doblada, y la de ella, en el pecho de él. Rek le acarició el pelo sin decir nada—. Es un lugar esplendoroso. ¿Has estado allí alguna vez?

—No. Háblame de él. —No le interesaba realmente, pero tampoco tenía ganas de decir nada.

—Tiene seis murallas exteriores, cada una de ellas de diez pasos de grueso. Las tres primeras fueron construidas por Egel, el Conde de Bronce. La ciudad fue creciendo, y al final se levantaron tres murallas más. La fortaleza se extiende por el paso de Delnoch. Aparte de Dros Purdol, al oeste, y Corteswain, al este, es el único camino por el que un ejército puede cruzar las montañas. Mi padre restauró la antigua torre del homenaje y la convirtió en su residencia. Desde las torres más altas, las vistas son maravillosas. Hacia el sur, en verano, los campos de trigo que cubren la llanura de Sentran parecen de oro. Y en dirección norte se alcanza a ver hasta el infinito. ¿Me estás escuchando?

—Sí. Paisajes de oro. No me cansaría de mirarlos —musitó Rek.

—¿De verdad quieres oír esto?

—Sí. Vuelve a hablarme de las murallas.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo son?

—Llegan hasta las treinta varas de alto, y con torres que sobresalen cada cincuenta pasos. Cualquier ejército que atacase el Dros sufriría pérdidas terribles.

—¿Y las puertas? —preguntó Rek—. Ninguna muralla es más fuerte que las puertas que la abren.

—El Conde de Bronce pensó en ello. Todas las puertas se encuentran tras un rastrillo de hierro y están construidas con placas de bronce, hierro y roble. Tras las puertas se extienden pasadizos que se estrechan en el centro antes de abrirse al terreno que hay entre las murallas. Esos pasos se pueden defender contra un gran número de atacantes. El Dros está exquisitamente diseñado; sólo la ciudad lo estropea.

—¿De qué modo?

—En un principio, Egel diseñó el espacio entre las murallas como un terreno despejado, sin lugar donde cubrirse. El terreno va cuesta arriba, hasta llegar a la siguiente muralla, lo que obligaría al enemigo a avanzar más lentamente. Con los arqueros suficientes, aquello sería una masacre. Psicológicamente también era una ventaja: cuando alcanzasen la siguiente muralla, si lo lograban, los atacantes sabrían que al otro lado les esperaba más de lo mismo.

—¿Y cómo estropeó eso la ciudad?

—Creciendo, simplemente. Ahora hay edificios por todas partes hasta la sexta muralla. Adiós al terreno despejado. En realidad, ocurre al revés: ahora hay lugares donde ponerse a cubierto por todo el camino.

Rek giró en el lecho y besó la frente de Virae.

—¿Y eso a qué viene?

—¿Tiene que haber un motivo?

—Hay un motivo para todo.

Rek la besó de nuevo.

—Este por el Conde de Bronce —dijo—. O por la llegada de la primavera. O por un copo de nieve derretido.

—Dices tonterías.

—¿Por qué me has dejado hacerte el amor? —le preguntó Rek.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Por qué?

—¡No es asunto tuyo!

Rek se echó a reír y le dio otro beso.

—Tienes razón, querida. Mucha razón. No es asunto mío.

—Te estás burlando de mí —dijo Virae, intentando levantarse.

—Tonterías —le respondió, sujetándola—. Eres preciosa.

—No lo soy, y no lo he sido nunca. Te burlas de mí.

—Nunca me burlaría de ti. Y eres preciosa; cuanto más te miro, más preciosa me pareces.

—Eres idiota. Déjame levantarme.

Rek la volvió a besar y se apretó contra ella. Alargó el beso, y ella se lo devolvió.

—Sigue hablándome del Dros —dijo él, finalmente.

—No quiero hablar de ello ahora. Me estás tomando el pelo, Rek, y no estoy dispuesta a tolerarlo. No quiero pensar en el Dros en lo que queda de noche. ¿Crees en el destino?

—Ahora sí. Casi.

—Lo digo en serio. Ayer no me preocupaba volver a casa y enfrentarme a los nadir. Creía en la causa drenai y estaba dispuesta a morir por ella. Ayer no estaba asustada.

—¿Y hoy?

—Hoy, si me lo pidieras, no volvería a casa. —Estaba mintiendo, pero no sabía por qué. Una oleada de miedo la invadió mientras Rek cerraba los ojos y se tendía de espaldas.

—Sí, volverías —dijo Rek—. Tienes que volver.

—¿Qué harás tú?

—No tiene sentido.

—¿El qué?

—No creo en lo que siento. Nunca he creído. Tengo casi treinta años y conozco el mundo.

—¿De qué hablas?

—De la providencia. Del destino. De un viejo sin ojos con una túnica azul ajada. Hablo del amor.

—¿Amor?

Rek abrió los ojos, alzó una mano y le acarició el rostro.

—No puedo explicarte cuánto significa para mí que esta mañana resistieses a mi lado. Fue el instante más intenso de mi vida. No me importaba ninguna otra cosa. Veía el cielo, y era más azul que nunca. Todo estaba nítido. Jamás había sido tan consciente de estar vivo. ¿Tiene sentido eso?

—No —le respondió ella en voz baja—. En realidad, no. ¿De verdad crees que soy hermosa?

—Eres la mujer más hermosa que jamás se haya puesto una armadura —le respondió Rek, sonriendo.

—Eso no es una respuesta. ¿Por qué soy hermosa?

—Porque te quiero —dijo, sorprendido ante la facilidad con que habían surgido las palabras.

—¿Eso quiere decir que vendrás conmigo a Dros Delnoch?

—Sigue hablándome de esas encantadoras murallas —respondió Rek.

CINCO

El solar del monasterio estaba dividido en zonas de entrenamiento: algunas de piedra, otras de hierba, otras de arena o de traicionera pizarra embarrada. La abadía, una antigua torre del homenaje almenada, de piedra gris, se alzaba en el centro. Estaba rodeada por cuatro muros y un foso; los muros eran de construcción posterior, con fines menos bélicos, y eran de blanda arenisca. A lo largo del muro occidental, protegidas en un invernadero que permitía su cultivo fuera de estación, crecían flores de treinta tonos diferentes. Todas eran rosas.

Serbitar, el albino, se arrodilló ante su rosal; su mente se unió a la planta. Había trabajado duramente en ella durante trece años, y la comprendía. Había entre ellos empatía, armonía.

La planta hacía brotar su aroma exclusivamente para Serbitar. Los pulgones que la cubrían se consumieron y murieron cuando el albino posó su mirada en ellos, y la sedosa belleza de las flores llenó los sentidos de Serbitar como una droga.

Las rosas eran blancas.

Serbitar se recostó con los ojos cerrados, observando con su mente la fuerza vital que recorría el rosal. Llevaba una cota de malla completa de plata, una espada en su funda y calzas de cuero con aros de plata entramados; al lado tenía un casco de plata en el cual había grabado el ideograma del Uno en las runas de los Antiguos. Se había recogido el cabello blanco en una trenza. Tenía los ojos verdes, del color de las hojas del rosal, y su rostro delgado, de piel traslúcida, poseía una belleza mística semejante a la que creaba la tisis.

Se despidió de la planta y calmó la tenue aura de pánico que surgió de esta. El monje había estado a su lado desde que se abrió el primer brote.

Y ahora, él iba a morir.

Un rostro sonriente invadió los pensamientos de Serbitar, que reconoció a Arberdark. Percibió el mensaje en su interior: «Te esperamos».

«Ya voy», respondió.

Se había dispuesto una mesa en el gran salón y, en ella, una jarra de agua y un bollo de cebada ante cada uno de los treinta asientos. Treinta hombres aguardaban en silencio cuando entró Serbitar, que ocupó la cabecera de la mesa y dirigió una reverencia a Vintar, el abad, que estaba sentado a su diestra. La compañía comió en silencio, cada uno de sus

miembros sumido en sus propios pensamientos; estudiaban sus emociones ante aquella culminación de trece años de entrenamiento.

Al fin, Serbitar habló, cumpliendo el ritual de la Orden.

—Hermanos, la búsqueda culmina ante nosotros. Aquellos que la hemos realizado debemos obtener lo que perseguíamos. Un mensajero viene desde Dros Delnoch para enviarnos a la muerte. ¿Qué siente el Corazón de los Treinta sobre este asunto?

Todas las miradas se volvieron hacia Arberdark, el monje de la barba negra. Este se relajó y dejó que sus emociones se extendieran sobre el grupo, seleccionando pensamientos, analizándolos y unificándolos en una sola idea compartida por todos.

Después habló con voz grave y sonora.

—El núcleo de este asunto es que los hijos de Drenai se enfrentan a la extinción. Ulric ha reunido bajo su estandarte a todas las tribus nadir. El primer ataque al imperio de Drenai tendrá lugar en Dros Delnoch, donde el conde Delnar ha ordenado resistir hasta el otoño. Abalayn necesita tiempo para reclutar y adiestrar a un ejército. Nos acercamos a un momento clave en el destino del continente. El Corazón dice que debemos buscar nuestro destino en Dros Delnoch.

Serbitar se volvió hacia Menahem, un joven de nariz aguilina y piel morena que llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, en la que se entrelazaban hilos de plata.

—¿Qué ven los Ojos de los Treinta? —le dijo.

—Si aceptamos ir al Dros, la ciudad caerá —dijo Menahem—. Si rehusamos, también caerá. Nuestra presencia tan sólo retrasará lo inevitable. Si el mensajero que pide que entreguemos nuestras vidas es digno, debemos ir.

Serbitar se volvió hacia el abad.

—Vintar, ¿qué dice el Alma de los Treinta?

El anciano se pasó una mano delgada por la rala cabellera canosa; después se levantó y se inclinó ante Serbitar. Parecía fuera de lugar, con la armadura de plata y bronce.

—Se nos pedirá que matemos a hombres de otro pueblo —dijo en voz baja y triste—. Se nos pedirá que los matemos, no porque sean malvados, sino porque sus gobernantes desean hacer aquello que Drenai hizo hace seis siglos.

»Nos erigiremos entre el mar y las montañas. El mar nos aplastará contra la montaña y moriremos. La montaña resistirá contra el mar, permitiendo que seamos aplastados. Y así moriremos.

»Somos maestros en el uso de las armas. Buscamos la muerte perfecta, como contrapunto a la vida perfecta. Es cierto que la agresión de los nadir no supone nada nuevo en la historia, pero sus acciones causarán incontables horrores que sufrirá la gente de Drenai. Al defender a esa gente, defenderemos los valores de la Orden. Que nuestra defensa vaya a fracasar no es motivo para evitar el combate. Lo que debe ser puro es el motivo, no el resultado.

»Aun lamentándolo, el Alma dice que debemos cabalgar hacia Dros Delnoch.

—Así sea —dijo Serbitar—. Estamos de acuerdo; yo también lo siento así. Llegamos a este monasterio como parias. Temidos y evitados por el mundo, nos reunimos para crear la contradicción definitiva: nuestros cuerpos se convirtieron en armas vivientes para orientar nuestra mente hacia la paz. Somos monjes guerreros de una forma que los Antiguos no llegaron a alcanzar. No habrá alegría en nuestros corazones cuando acabemos con el enemigo, pues amamos la vida.

»Cuando muramos, nuestras almas trascenderán las cadenas del mundo. Las envidias, las intrigas y los odios quedarán atrás como algo insignificante mientras viajamos hacia la Fuente. La Voz dice que partamos.

La luna casi llena se alzaba en el cielo despejado, haciendo que los árboles que rodeaban la hoguera de Rek arrojasen sombras débiles. Un desafortunado conejo, destripado y envuelto en barro, se asaba sobre las brasas. Virae regresaba del arroyo, secándose el torso desnudo con una camisa de Rek.

—¡Si supieras cuánto me costó! —le dijo Rek mientras Virae se sentaba en una piedra, junto al fuego. El cuerpo de la mujer lanzaba reflejos dorados bajo la luz danzante de las llamas.

—Jamás le han dado un uso mejor —le respondió—. ¿Falta mucho para que esté listo el conejo?

—Ya casi está. Y vas a coger una pulmonía, ahí sentada medio desnuda con el tiempo que hace. Me congelo con sólo mirarte.

—¡Qué raro! Esta mañana me has dicho que te ardía la sangre con sólo mirarme.

—En una cabaña caliente y dentro de la cama. Nunca se me ha dado muy bien hacer el amor en la nieve. Toma, he calentado una manta.

Virae cogió la manta y se la echó por los hombros.

—Cuando era pequeña acostumbraba a correr una legua por las colinas en mitad del invierno, vestida sólo con una túnica y sandalias. Era estimulante. Y hacía un montón de frío.

—Si eres tan dura, ¿cómo es que te pusiste azul antes de que encontrásemos la cabaña? —le dijo Rek, con una amplia sonrisa que aligeraba la malicia de la pregunta.

—Por la armadura —le respondió Virae—. Demasiado acero, y poca lana debajo. Si hubiera ido montada delante no me habría aburrido tanto y no me habría dormido. ¿Cuánto dices que le falta a ese conejo? Estoy hambrienta.

—Poco. Creo...

—¿Alguna vez has asado así un conejo?

—No exactamente, pero así es como se hace; lo he visto. Cuando rompamos el barro, se llevará pegada toda la piel. Es fácil.

Virae no estaba muy convencida.

—Me he pasado una eternidad acechando a esa bestezuela —dijo, recordando con una sonrisa el momento en que derribó al animal con un único disparo a cuarenta pasos—. No tienes un mal arco, aunque es un poco ligero. Es un arco de caballería, ¿verdad? Tenemos unos cuantos en Delnoch. Los arcos modernos son de acero plateado; tienen más alcance y más fuerza. Y estoy hambrienta.

—La paciencia mejora el apetito —le dijo Rek.

—Más te vale no estropear el conejo. No me gusta matar animales, pero si lo hago quiero que sirva para algo: que uno se los pueda comer.

—No estoy seguro de que el conejo comparta ese razonamiento.

—¿Pueden razonar? —le preguntó Virae.

—No tengo ni idea; no lo decía literalmente.

—Entonces, ¿para qué decirlo? Eres un tipo extraño.

—Era un pensamiento abstracto; ¿nunca has tenido uno? ¿Nunca te has preguntado cómo sabe una flor que le ha llegado el momento de abrirse? ¿O cómo encuentra un salmón el camino al lugar de desove?

—No. ¿Está listo el conejo?

—Pero ¿en qué diablos piensas cuando no estás ocupada haciendo planes para matar gente?

—En comer. Echa un vistazo a ese conejo.

Rek cogió un palo, sacó la bola de barro de las brasas y la observó mientras crepitaba sobre la nieve.

—¿Y ahora qué hay que hacer? —le preguntó Virae.

Rek no le prestó atención. Cogió una piedra del tamaño de su puño y golpeó con fuerza la bola de barro, que se abrió y dejó ver al conejo, medio asado y medio desollado.

—No tiene mala pinta —dijo Virae—. Y ahora, ¿qué?

Rek tanteó con el palo la carne humeante.

—¿Te atreves a comerte eso?

—Por supuesto. ¿Me dejas el cuchillo? ¿Qué parte quieres?

—Tengo pan de avena en las alforjas; creo que me apañaré con él. ¡Y ponte algo!

Habían acampado en una oquedad poco profunda, al pie de una ladera rocosa; no tan profunda como para ser una cueva, pero sí lo suficiente para reflejar el calor de las llamas y protegerlos parcialmente del viento. Rek comió el pan mientras observaba a la mujer devorar el conejo. No era una visión muy edificante.

Virae arrojó los restos hacia los árboles.

—A los tejones les vendrá bien —dijo—. No es un mal sistema de cocinar un conejo.

—Me alegro de que te haya gustado —le dijo Rek.

—Lo tuyo no es la vida al aire libre, ¿eh?

—Me las arreglo.

—Ni siquiera has sido capaz de comerte esa cosa. Te has puesto verde al destriparlo.

Rek arrojó el resto del pan en dirección al infortunado conejo.

—A los tejones les gustará tener postre —dijo. Virae soltó una risilla.

—Eres maravilloso, Rek. No te pareces a ningún hombre que haya conocido.

—Creo que no me va a gustar lo que sigue —dijo él—. ¿Por qué no te echas a dormir?

—No. Escúchame; hablo en serio. Me he pasado la vida soñando con encontrar al hombre adecuado: alto, amable, fuerte, comprensivo. Y cariñoso. No creí que existiera. La mayoría de los hombres que he conocido eran soldados: bruscos, tiesos como lanzas y tan románticos como un flechazo en la cabeza. También he conocido a poetas, de palabra fácil y amables. Cuando estaba con los soldados echaba de menos a los poetas, y cuando estaba con los poetas añoraba a los soldados. Había empezado a creer que no existía el hombre que buscaba. ¿Me entiendes?

—Te has pasado la vida buscando a un hombre que no es capaz de asar un conejo. Pues claro que te entiendo.

—¿De verdad? —le preguntó Virae en voz baja.

—Sí. Pero explícamelo de todas formas.

—Eres lo que siempre he buscado —dijo Virae, enrojeciendo—. Eres mi héroe cobarde. Mi amor.

—Sabía que iba a oír algo que no me iba a gustar.

Cuando Virae echó unos leños al fuego, Rek le cogió la mano.

—Siéntate a mi lado —dijo—. Estarás más caliente.

—Puedes compartir la manta —replicó ella. Rodeó la hoguera, se acurrucó entre los brazos de Rek y le apoyó la cabeza en un hombro—. ¿No te importa que te llame mi héroe cobarde?

—Puedes llamarme como quieras, mientras estés siempre ahí para decírmelo.

—¿Siempre?

El viento hizo oscilar las llamas y Rek se estremeció.

—«Siempre» no será mucho tiempo para nosotros, ¿verdad? Durará mientras Dros Delnoch resista. Además... Te cansarás de mí y me echarás.

—¡Nunca! —dijo ella.

—*Nunca* y *siempre*. Hasta ahora no había pensado en esas palabras. ¿Por qué no te conocí hace diez años? Esas palabras habrían significado algo entonces.

—Lo dudo; sólo tenía nueve años.

—No hablaba literalmente; era una licencia poética.

—Mi padre ha escrito a Druss —dijo Virae, cambiando de tema—. Esa carta y esta misión son lo único que lo mantienen con vida.

—¿Druss? Aun en el caso de que siga vivo, será un anciano. La idea es obscena. La batalla de Skeln tuvo lugar hace quince años, y ya era viejo entonces. Tendrán que subirlo al Dros a cuestas.

—Quizá, pero mi padre ha cifrado sus esperanzas en ese hombre. Le tiene un respeto que roza la adoración. Lo considera invulnerable, inmortal. En cierta ocasión me lo describió como el mayor guerrero de esta época. Me dijo que lo del paso de Skeln fue una victoria de Druss, que él y el resto de los hombres sólo estuvieron de relleno. Me contaba la historia cuando yo era pequeña; nos sentábamos ante un fuego como este y tostábamos pan en las llamas, y se ponía a hablarme de Skeln. Fue una época maravillosa.

Virae guardó silencio y contempló las brasas.

—Cuéntame esa historia —le dijo Rek, apretándola contra sí. Con la mano derecha apartó el pelo que había caído por el rostro de la joven.

—Seguro que la conoces. Todo el mundo ha oído hablar del paso de Skeln.

—Es cierto, pero nunca la he oído de labios de alguien que hubiera estado allí. Sólo he visto las representaciones y escuchado a los cantores de sagas.

—Dime qué sabes, y completaré los detalles.

—De acuerdo. Unos cientos de soldados drenai guardaban el paso de Skeln mientras el grueso del ejército estaba en otro lugar. El peligro era Gorben, el rey de Ventria. Los drenai sabían que se acercaba, pero no por dónde llegaría. Y atacó en Skeln. Los drenai estaban superados cincuenta a uno, y resistieron hasta la llegada de los refuerzos. Es todo lo que sé.

—Eso no es todo —le dijo Virae—. Gorben tenía un ejército de élite: diez mil hombres, los Inmortales. Jamás habían sido derrotados, pero Druss los venció.

—¡Oh, vamos! —exclamó Rek—. Un solo hombre no puede derrotar a un ejército. Eso son invenciones de los poetas.

—No; escúchame. Dice mi padre que el último día, cuando por fin atacaron los Inmortales, la línea drenai había comenzado a romperse. Mi padre ha sido un guerrero durante toda su vida; sabe de batallas, y de la facilidad con la que se pasa del valor al pánico. Los drenai estaban a punto de hundirse, pero de repente, cuando la línea estaba a punto de ceder, Druss lanzó un grito de guerra y cargó, golpeando y cortando con su hacha. Los ventrianos cayeron a su paso y, de pronto, los que estaban cerca de él se volvieron y echaron a correr. El pánico se extendió como un incendio, y el frente ventriano se hizo añicos: Druss había hecho retroceder la marea. Mi padre dice que aquel día parecía un gigante. Era inhumano, como un dios de la guerra.

—Pero eso fue aquel día —replicó Rek—. No veo cómo puede ser útil ahora un viejo desdentado. Nadie puede resistir los estragos de la edad.

—Estoy de acuerdo, pero ¿no te das cuenta de cuánto beneficiaría la moral el tener allí a Druss? Los hombres se amontonarán bajo su estandarte, para luchar al lado de Druss el Legendario. Es una forma de lograr la inmortalidad.

—¿Has visto alguna vez a ese viejo?

—No. Mi padre nunca me ha hablado del tema, pero sé que hay algo entre ellos. Quizá Druss no acuda a Dros Delnoch. Creo que es algo que tiene que ver con mi madre.

—¿A ella no le caía bien?

—No, no es eso. Es algo que tiene que ver con un amigo de Druss. Sieben, creo que se llamaba.

—¿Qué pasa con él?

—Lo mataron en Skeln, y era el mejor amigo de Druss. Eso es todo lo que sé.

Rek sabía que estaba mintiendo, pero lo dejó correr. Era agua pasada, de todas formas.

Como Druss el Legendario.

El anciano estrujó la carta y la dejó caer.

No era la edad lo que deprimía a Druss. Disfrutaba de la sabiduría que le daban sus sesenta años, del conocimiento adquirido y del respeto ganado. Pero los estragos causados por el tiempo eran otro asunto. Aún tenía unos hombros poderosos sobre un pecho ancho como un barril, pero los músculos tenían un aspecto envejecido y enjuto, sobre todo en la espalda. Su cintura había disminuido perceptiblemente durante el invierno anterior, y se había dado cuenta, casi de la noche a la mañana, de que su barba negra con algunos mechones blancos se había convertido en una barba canosa salpicada de líneas negras. Pero los ojos penetrantes que le devolvían la mirada desde el espejo no habían perdido su brillo. Aquella mirada había desmoralizado a ejércitos; había obligado a retroceder a adversarios valerosos, que habían enrojecido de vergüenza; había capturado la imaginación de un pueblo que necesitaba héroes. Era Druss el Legendario. Druss el invulnerable, el Maestro del Hacha. Su leyenda era narrada a los chiquillos por doquier; y la mayor parte de lo que se contaba era eso: una leyenda. Druss era consciente de ello. Druss el héroe, el inmortal, semejante a un dios.

Sus triunfos podrían haberle conseguido un palacio lleno de riquezas y docenas de concubinas. Quince años antes, el propio Abalayn lo había cubierto de joyas, tras los sucesos del paso de Skeln.

Sin embargo, a la mañana siguiente, Druss había regresado a las altas montañas de Skoda, a la región recóndita que rozaba las nubes. Entre los pinos y los leopardos de las nieves, el solitario guerrero de pelo entrecano había regresado a su guarida para disfrutar de su aislamiento. La que había sido su esposa durante treinta años estaba enterrada en aquel lugar, y él tenía la intención de morir allí, aunque sabía que no habría nadie para enterrarlo.

En aquellos quince años, Druss no había estado inactivo. Había vagado por diversos lugares, y había dirigido algunas campañas orquestadas por nobles menores. El invierno anterior había regresado a su refugio de las montañas, para reflexionar y esperar a que la muerte fuera a buscarlo. Sabía que moriría a los sesenta años; lo sabía incluso antes de que un vidente lo predijese varias décadas atrás. Conseguía imaginarse a los sesenta, pero no más. Cada vez que intentaba considerar la perspectiva de cumplir sesenta y uno, lo único que lograba contemplar era oscuridad.

Sus manos nudosas rodearon una copa de madera y la alzaron hasta los labios rodeados por la barba. El vino era fuerte, fabricado por él mismo cinco años antes. Había envejecido bien; mejor que él. Pero ya había desaparecido, y él aún permanecería..., al menos durante un poco más.

El calor en el interior de la cabaña de muebles austeros se estaba volviendo opresivo a medida que los rayos del sol primaveral calentaban el tejado de madera. Druss se quitó lentamente el jubón de piel de oveja y el chaleco de crin de caballo que había llevado durante el invierno. El gran cuerpo surcado de cicatrices no dejaba traslucir su edad. Druss se examinó las marcas; recordaba claramente a los hombres cuyas hojas las habían causado: hombres que jamás llegarían a alcanzar su edad, puesto que habían muerto en la flor de la vida bajo el filo de su hacha. Sus ojos azules se dirigieron a la pared, al lado de la entrada; allí colgaba el hacha, *Snaga*, que en la lengua antigua significaba «la Inexorable». La esbelta empuñadura era de acero negro, y en ella se distinguían las antiguas runas plateadas. La hoja de doble filo estaba tan afilada que hacía silbar el aire cuando lo surcaba.

Incluso en aquel momento podía escuchar su melodiosa llamada. «Una vez más, hermano —le decía—. Un último día sangriento antes de que se ponga el sol.»

Sus pensamientos regresaron a la carta de Delnar. Estaba dirigida a un recuerdo, no a un hombre.

Druss se levantó de la silla de madera y maldijo al oír el chasquido de sus articulaciones.

—Se ha puesto el sol —le dijo al hacha en un susurro—. Sólo nos espera la muerte, y la muy bastarda tiene paciencia.

Salió de la cabaña y contempló las montañas lejanas. Su cuerpo musculoso y su pelo cano parecían una reproducción en miniatura de aquellas; orgullosas y fuertes, parecía que por ellas no pasaban los años y desafiaban al sol primaveral a que intentase librarlas de la nieve impoluta que había cubierto las cumbres durante el invierno.

Druss se dejó llenar por aquel esplendor salvaje, bañándose en la fría brisa y saboreando la vida como si fuera la última vez.

—¿Dónde estás, Muerte? —gritó—. ¿Dónde te escondes en este hermoso día?

El eco recorrió los valles. «MUERTE, MUERTE, Muerte, Muerte...» «DÍA, DÍA, día, día...»

—¡Soy Druss! ¡Te desafío!

Una sombra surcó los ojos de Druss; el sol murió en el cielo y las montañas se cubrieron de niebla. El dolor atravesó el poderoso pecho de Druss, profundamente, y estuvo a punto de hacerlo caer.

—¡Vanidoso mortal! —dijo una voz sibilante que atravesó los velos de dolor—. Nunca te he buscado. Eres tú quien me ha perseguido durante estos largos y solitarios años. Quédate en estas montañas y te garantizo cuarenta años más. Tus músculos y tu cerebro se atrofiarán. Te abotargarás, viejo, y no vendré hasta que me lo supliques...

»O... ¿Acaso saldrá el cazador en busca de una última presa?

»Ven a buscarme si quieres, viejo guerrero. Te aguardo en las murallas de Dros Delnoch.

El dolor abandonó el corazón del anciano, que se tambaleó; el refrescante aire de las montañas penetró en sus pulmones jadeantes, y Druss alzó la mirada. Los pájaros seguían cantando entre los pinos; ninguna nube ocultaba el sol, y las montañas se alzaban, altas y orgullosas, como se habían alzado siempre.

Druss regresó a la cabaña y se acercó a un baúl de roble que estaba cerrado con un candado desde el principio del invierno. Había arrojado la llave a lo más profundo del valle. Druss rodeó el candado con sus enormes manos y empezó a apretar. Los músculos de sus brazos se tensaron; las venas del cuello y los hombros se le hincharon. Y el metal emitió un gemido, se deformó y se rompió. Druss arrojó a un lado el candado y abrió el baúl. En su interior había un jubón de cuero negro con los hombros cubiertos de malla de acero, y un casco negro adornado con un hacha plateada flanqueada por calaveras. Había unos guanteletes de cuero negro con los nudillos forrados de plata. Druss se vistió lentamente, y al final se calzó unas botas largas de cuero; un regalo que el propio Abalayn le había hecho muchos años atrás.

Por último empuñó a *Snaga*, que pareció saltar de la pared a su mano.

—Una vez más, hermana —le dijo Druss al hacha—. Antes de que se ponga el sol.

SEIS

Serbitar estaba asomado en una terraza alta, con Vintar a su lado, y observaba a los dos jinetes que se acercaban al monasterio, encaminando a sus monturas a la puerta norte. Las manchas de hierba comenzaban a aparecer entre la nieve que cubría los campos, conforme el cálido viento primaveral se abría camino desde el oeste.

—No es un buen momento para los amantes —dijo Serbitar.

—Siempre es buen momento para los amantes, hijo mío. Sobre todo en tiempo de guerra —replicó Vintar—. ¿Has sondeado la mente del hombre?

—Sí. Es un tipo extraño. La experiencia lo ha convertido en alguien negativo, aunque es romántico por naturaleza. Y ahora es un héroe por necesidad.

—¿Cómo pondrá a prueba Menahem al mensajero? —le preguntó Vintar.

—Con el miedo —respondió el albino.

Rek se sentía bien. El aire que respiraba era limpio y estimulante, y la cálida brisa del oeste anunciaba el final del invierno más duro que había habido en años. La mujer a la que amaba estaba a su lado, y el cielo azul permanecía despejado.

—Es un gran día para estar vivo —dijo.

—¿Qué tiene de especial? —le preguntó Virae.

—Es hermoso. ¿No te das cuenta? El cielo, la brisa, la nieve que se funde...

—Alguien viene hacia nosotros. Parece un guerrero.

El jinete se acercó y desmontó. Tenía el rostro cubierto por un yelmo negro y plateado coronado con un penacho de crin. Rek y Virae desmontaron a su vez y se acercaron a él.

—Buenos días —dijo Rek. El hombre hizo caso omiso de él; los ojos oscuros que observaban por las rendijas del yelmo estaban fijos en Virae.

—¿Eres el mensajero? —le preguntó.

—Así es. Deseo ver al abad Vintar.

—Primero debes superarme —le respondió el monje. Dio un paso atrás y desenvainó una larga espada de acero plateado.

—Un momento —intervino Rek—. ¿Qué es esto? No es normal tener que abrirse paso luchando para entrar en un monasterio.

El hombre siguió sin hacerle caso, y Virae desenvainó su espada.

—¡Deteneos! —ordenó Rek—. Esto es una locura.

—Mantente al margen, Rek —le dijo Virae—. Partiré en trocitos a este escarabajo plateado.

—No, de eso nada —le dijo Rek, sujetándole el brazo—. Tu espada de duelo no sirve de nada contra una armadura. Y en cualquier caso, esto no tiene sentido; no has venido a luchar con nadie. Tienes que entregar un mensaje, eso es todo. Tiene que haber un error en alguna parte. Espera un momento.

Rek se acercó al guerrero. Su cerebro trabajaba a toda velocidad; sus ojos buscaban los puntos débiles en la armadura. El hombre llevaba una coraza labrada sobre una cota de malla de acero. Un torque de plata le protegía el cuello, y tenía las piernas cubiertas hasta los muslos por unas calzas de cuero con aros de plata enhebrados, así como unas espinilleras de cuero. Sólo las rodillas, las manos y el mentón del hombre estaban desprotegidos y se podían atacar.

—¿Puedes decirme qué pasa aquí? —le preguntó Rek—. Creo que te has equivocado de mensajero; hemos venido a ver al abad.

—¿Estás dispuesta, mujer? —preguntó Menahem.

—Sí —respondió Virae. La punta de su espada trazó un ocho en el aire de la mañana cuando giró la muñeca para calentársela.

El arma de Rek centelleó en su mano.

—¡Defiéndete! —desafió.

—No, Rek. ¡Es mío! —gritó Virae—. No necesito que peles por mí. ¡Apártate!

—Podrás ocuparte de él después —dijo Rek. Volvió su atención a Menahem—. Vamos. Veamos si tu forma de pelear es tan buena como tu aspecto.

Menahem dirigió sus ojos oscuros a la alta figura que se interponía entre la mujer y él. De inmediato, el estómago de Rek dio un vuelco; ¡aquello era la muerte! Una muerte fría, definitiva; los gusanos saliendo por las cuencas de los ojos. Era un combate sin esperanza. El pánico inundó el pecho de Rek, y sus miembros comenzaron a temblar. Volvía a ser un chiquillo encerrado en una habitación oscura, sabedor de que los demonios se ocultaban en las sombras. La bilis le subió hasta la garganta a causa del miedo y sintió una arcada. Quería huir... Necesitaba huir.

En lugar de ello, lanzó un grito y cargó contra el monje; la hoja de su espada cortó el aire en dirección al casco negro y plateado.

Sobresaltado, Menahem consiguió bloquear el tajo a duras penas, y un segundo golpe estuvo a punto de atravesar su defensa. El monje guerrero retrocedió mientras intentaba desesperadamente recuperar la iniciativa, pero el feroz ataque de Rek lo había sorprendido desequilibrado. Menahem bloqueó los golpes y siguió moviéndose, intentando evitar a Rek.

Virae observaba, muda de asombro, mientras Rek continuaba lanzando ataques relampagueantes. Las espadas de los dos hombres destellaban bajo el sol matinal, creando una telaraña cegadora de luz blanca, en un asombroso despliegue de habilidad. Virae sintió una punzada de orgullo; quería animar a Rek pero reprimió aquel impulso, consciente de que la menor distracción podría influir en el combate.

—*Ayúdame* —le dijo mentalmente Menahem a Serbitar—, *o tendré que matarlo*. —Detuvo un golpe a apenas un dedo de su cuello—. *Si puedo* —añadió.

—¿Cómo podemos detenerlo? —le preguntó Serbitar a Vintar—. El hombre pelea como un bersérker; no puedo alcanzar su mente. Y no va a tardar mucho en matar a Menahem.

—¡La chica! —dijo Vintar—. Únete a mí.

Virae se estremeció al contemplar cómo crecían las fuerzas de Rek. ¡Un bersérker! Su padre le había hablado de tales hombres, pero jamás habría pensado que Rek pudiera ser uno de ellos. Se trataba de locos asesinos que perdían por completo la razón y el miedo al combatir, convirtiéndose en los adversarios más letales. Todos los espadachines oscilaban entre la defensa y el ataque, puesto que el deseo de ganar estaba equilibrado con el de no perder, pero un berserker carecía de miedo; era puro ataque, e inevitablemente se llevaba por delante a su rival aunque cayera con él.

Una idea golpeó intensamente a Virae, y de repente supo que el guerrero no intentaba matar a Rek. El combate no era más que una prueba.

—¡Bajad las armas! —gritó—. ¡Deteneos!

Los dos hombres siguieron luchando.

—¡Rek, escúchame! —gritó—. ¡Es una prueba! ¡No intenta hacerte daño!

La voz de Virae llegó hasta Rek desde una gran distancia, atravesando el velo rojo que le cubría los ojos. Retrocedió y sintió, más que vio, el alivio que invadía a su oponente. Inspiró profundamente y se relajó. Le temblaban las piernas y las manos.

—Has entrado en mi mente —le dijo al guerrero, dirigiéndole una fría mirada a los ojos oscuros—. No sé cómo lo has hecho, pero si vuelves a intentarlo, te mataré. ¿Me has entendido?

—Sí —le respondió Menahem en voz baja, apagada a causa del yelmo. Rek consiguió envainar la espada al segundo intento y se volvió hacia Virae, que lo observaba con una expresión extraña.

—No era yo, realmente —le dijo Rek—. No me mires así, Virae.

—Rek, lo siento —le dijo ella con lágrimas en los ojos—. Lo siento de verdad.

Rek sintió un miedo de otra clase cuando ella apartó la mirada.

—No me dejes —dijo—. Esto me ocurre muy pocas veces, y nunca me volvería contra ti. ¡Nunca! Créeme.

Virae lo miró y lo rodeó con sus brazos.

—¿Dejarte? ¿De qué estás hablando? Esto no me importa, idiota. Estaba preocupada por ti. Oh, Rek, eres tan tonto... No soy una chica de taberna que grita al ver una rata. He crecido rodeada de hombres. Soldados. Luchadores. Guerreros. ¿Crees que te dejaría sólo porque seas un bersérker?

—Puedo controlarlo —le dijo Rek, apretándola contra sí.

—En el lugar adonde vamos no será necesario.

Serbitar abandonó la terraza del monasterio y se sirvió un vaso de agua de una jarra de piedra.

—¿Cómo lo ha hecho?

Vintar se recostó en su sillón de cuero.

—En el interior de ese hombre hay un pozo de valor, alimentado por muchas cosas sobre las que sólo podemos hacer conjeturas. Cuando Menahem ha intentado llenarlo de terror, ha reaccionado con violencia, porque Menahem no habría podido sospechar que lo que inspira temor a ese hombre es el miedo en sí mismo. ¿Percibiste aquel recuerdo de la infancia cuando Menahem lo sondeó?

—¿Te refieres a los túneles?

—Sí. ¿Qué pensarías de un niño que teme a la oscuridad y que se mete en un túnel siempre que puede?

—Que intenta acabar con sus temores enfrentándose a ellos —respondió Serbitar.

—Y sigue intentándolo. Eso casi le cuesta la vida a Menahem.

—Será útil en Dros Delnoch —dijo Serbitar, sonriendo.

—Más de lo que imaginas —le dijo Vintar—. Más de lo que imaginas.

—Así es —le dijo Serbitar a Rek. Ambos estaban sentados en el salón de paredes cubiertas de roble que daba al patio—. En efecto, podemos leer los pensamientos. Pero te aseguro que no volveremos a intentar leer los tuyos, ni los de tu compañera.

—¿Por qué me hizo eso? —preguntó Rek.

—Menahem es los Ojos de los Treinta. Tenía que ver si erais dignos de solicitar... nuestros servicios. Esperáis que peleemos a vuestro lado, que analicemos los tácticas del enemigo y que usemos nuestras habilidades para defender una fortaleza que no nos importa. El mensajero ha de ser digno.

—Pero yo no soy el mensajero; sólo lo acompaño.

—Ya veremos... ¿Cuánto tiempo hace que conoces tu... dolencia?

Rek desvió la mirada hacia el ventanal y la terraza que se abría al otro lado. Un gorrión se posó en la barandilla, se afiló el pico en la piedra y alzó el vuelo. Se habían formado nubes ligeras, islas de algodón en medio del azul del cielo.

—Sólo me ha ocurrido dos veces, las dos en las guerras sathuli. En una de ellas nos habían rodeado tras el ataque a un poblado, y en la otra, formaba parte del destacamento que protegía una caravana de especias.

—Es bastante habitual entre los guerreros —le dijo Serbitar—. Es un regalo del miedo.

—Me salvó la vida en ambas ocasiones, pero me asusta —dijo Rek—. Es como si alguien se adueñara de mi cuerpo y mi mente.

—Pero no es así, te lo aseguro. No hay nadie más que tú. No temas lo que eres, Rek... ¿Puedo llamarte Rek?

—Claro.

—No quería tomarme demasiadas familiaridades. Es un apodo, ¿verdad?

—Un diminutivo de Regnak. Horeb, mi padre adoptivo, empezó a usarlo cuando yo era pequeño. Era una especie de chiste. No me gustaban los juegos violentos, ni salir a explorar ni subirme a los árboles. Como niño era bastante recatado, decía, así que dejó fuera el *atado* y me llamó Rek. Como chiste no vale gran cosa, pero el nombre se quedó.

—¿Crees que estarás cómodo en Dros Delnoch? —le preguntó Serbitar.

Rek sonrió.

—¿Me estás preguntando si tengo lo que hay que tener?

—¿Hablando sin rodeos? Sí, supongo que eso pregunto.

—No lo sé. ¿Y tú?

La sombra de una sonrisa cruzó el pálido y descarnado rostro del albino mientras este evaluaba la pregunta. Sus finos dedos acariciaron suavemente la superficie de la mesa.

—Es una buena pregunta. Sí, tengo el valor necesario; mis temores no tienen relación con mi posible muerte.

—Antes me has leído el pensamiento —dijo Rek—, puedes decirme si lo tengo yo. Lo digo en serio. No sé si seré capaz de resistir en un asedio; dicen que muchos hombres se hunden bajo semejante presión.

—No puedo decirte si aguantarás o cederás —dijo Serbitar—. Eres capaz de lo uno y de lo otro, y no puedo predecir todos los factores que tendrán lugar en el asedio. Pregúntate una cosa: ¿Qué ocurriría si cayera Virae? ¿Te quedarías allí?

—No —respondió Rek al instante—. Ensillaría un caballo y me marcharía. No me importa Dros Delnoch. Ni el imperio Drenai, ya que estamos.

—Drenai está acabado —dijo Serbitar—. Su estrella ha declinado.

—Entonces, ¿crees que el Dros caerá?

—En última instancia, sí, pero aún no alcanzo a verlo en el futuro. El Camino de la Niebla es extraño. A menudo muestra sucesos que tendrán lugar, pero más a menudo aún muestra lo que no ocurrirá nunca. Es una senda peligrosa, y sólo los auténticos místicos pueden recorrerla con seguridad.

—¿El Camino de la Niebla?

—Disculpa, es lógico que no sepas de qué hablo. Es una senda hacia otro plano..., otra dimensión. Un viaje espiritual, semejante a un sueño. La diferencia es que es sueño controlado en el que se ve aquello que se desea ver. Es un concepto que resulta difícil de explicar a aquellos que no son augures.

—¿Me estás diciendo que tu alma puede viajar fuera de tu cuerpo? —le preguntó Rek.

—Oh, sí. Esa es la parte fácil. Os vimos en el bosque de Graven, en el claro de la cabaña. Para ayudaros, influimos en los pensamientos de aquel hachero, Grussin.

—¿Hicisteis que matara a Reinard?

—No; no somos tan poderosos. Nos limitamos a darle un empujón en una dirección en la que ya se sentía inclinado a ir.

—No estoy seguro de estar muy cómodo sabiendo que tenéis ese poder —dijo Rek, evitando mirar los ojos verdes del albino.

Serbitar se echó a reír; le brillaban los ojos, y su rostro reflejaba la diversión que sentía.

—Amigo Rek, soy un hombre de palabra. He prometido no usar mi talento para entrar en tu mente, y lo cumpliré. Lo mismo hará el resto de los Treinta. ¿Crees que nos habríamos hecho monjes y nos habríamos alejado del mundo si deseásemos hacer daño a nuestros semejantes? Soy el hijo de un conde, pero si lo deseara podría ser un rey, o un emperador más poderoso que Ulric. No te sientas amenazado; debemos estar a gusto unos con otros. Más aún, debemos ser amigos.

—¿Por qué? —le preguntó Rek.

—Porque vamos a compartir un momento que sólo tiene lugar una vez en la vida —le respondió Serbitar—. Vamos a morir.

—Habla por ti —le dijo Rek—. No creo que ir a Dros Delnoch sea simplemente una forma de suicidarse. Es una batalla, eso es todo. Ni más ni menos. Una muralla se puede defender. Una fuerza reducida puede resistir ante una mayor. La historia está llena de casos como ese; el paso de Skeln, por ejemplo.

—Es cierto —dijo Serbitar—. Pero esos casos se recuerdan porque son excepciones. Afrontemos los hechos: el Dros está defendido por una fuerza que no llega a ser un tercio de su dotación completa. La moral baja, y el miedo se extiende. Ulric está al mando de una fuerza que sobrepasa el medio millón de guerreros, y todos ellos desean, incluso ansían, morir en combate por él. Yo soy experto en el uso de las armas y en estrategia bélica, y te aseguro que Dros Delnoch caerá; quítate de la cabeza cualquier otra idea.

—¿Por qué nos acompañáis, entonces? ¿Qué ganaréis con ello?

—Moriremos —respondió Serbitar—. Y después, viviremos. Pero no hablemos más de esto; no quiero deprimirte, Rek. Si sirviera para algo, te daría esperanzas, pero toda mi estrategia para la batalla está dirigida a retrasar lo inevitable. Sólo así puede servir de algo y ser útil para nuestra causa.

—Espero que te guardes esas opiniones para tus adentros —le dijo Rek—. Virae cree que podremos resistir. Sé lo suficiente sobre la guerra y la moral para advertirte que si tu teoría se extiende entre los hombres habrá desertiones en masa, y seremos derrotados el primer día.

—No soy estúpido, Rek. Te he dicho estas cosas porque era necesario. Seré tu consejero en Dros Delnoch, y necesitas que te diga la verdad. No tendré mucha relación con los soldados, ni tampoco la tendrán los Treinta. Además, los hombres nos evitarán en cualquier caso, en cuanto sepan quiénes somos.

—Quizá. ¿Por qué dices que serás mi consejero? Quien manda es el conde Delnar. Yo ni siquiera seré oficial.

—Digamos entonces que seré el consejero de tu causa —le dijo Serbitar—. El tiempo lo explicará todo mejor de lo que pueda hacerlo yo. ¿Te he desmoralizado?

—En absoluto. Me has dicho que no hay esperanza, que todos vamos a morir y que los drenai están acabados. ¿Desmoralizarme? ¡En absoluto!

Serbitar se echó a reír y aplaudió.

—Me caes bien, Rek. Creo que aguantarás.

—Pues claro que aguantaré —dijo Rek, sonriendo—. Porque sabré que tras la última muralla tendré dos caballos ensillados. Por cierto, ¿no tendrás para beber algo más fuerte que el agua?

—No, por desgracia. El alcohol reduce nuestras fuerzas. De todas formas, si necesitas tomar un trago, hay un pueblo cerca de aquí. Puedo pedirle a alguien que vaya a comprar bebida.

—No bebéis. No hay mujeres. No coméis carne. ¿Qué hacéis para divertirlos?

—Estudiamos —respondió Serbitar—. Y nos entrenamos, plantamos flores y criamos caballos. Ocupamos bien nuestro tiempo, te lo aseguro.

—No me extraña que estéis ansiosos por ir a morir a algún otro sitio.

Virae estaba sentada con Vintar en un pequeño despacho escasamente amueblado, inundado de manuscritos y volúmenes encuadernados en piel. Había una mesa pequeña cubierta de plumas de ganso rotas y pergaminos garabateados. La joven reprimió una sonrisa mientras el anciano se peleaba con las correas de su coraza. Su imagen no podría estar más alejada de la de un guerrero.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó; se levantó y rodeó la mesa.

—Gracias, querida —respondió el abad—. Esto pesa un montón.

El abad dejó la coraza en la mesa, se llenó un vaso de agua y le ofreció la jarra a Virae, que negó con la cabeza.

—Siento el desorden, pero he tenido que apresurarme para terminar mi diario. Tanto que decir, y tan poco tiempo...

—Llévatelo —le dijo Virae.

—No me parece buena idea. Tendremos que ocuparnos de demasiados problemas una vez nos hayamos puesto en marcha. Has cambiado desde la última vez que te vi, Virae.

—Dos años son bastante tiempo, abad —dijo Virae con cautela.

—Creo que la causa es el joven que está contigo —le dijo el abad, sonriendo—. Ha influido bastante en ti.

—Tonterías; soy igual que siempre.

—Caminas con más aplomo, y eres menos patosa de lo que recordaba. Creo que te ha dado algo.

—Eso no importa. Tenemos que hablar del Dros —espetó Virae, ruborizándose.

—Lo siento, querida. No pretendía avergonzarte.

—No me has avergonzado —mintió—. Pero volvamos al Dros. ¿Cómo podéis ayudarnos?

—Como le dije a tu padre hace dos años, organizando y planeando. Descubriremos los planes del enemigo y podremos ayudarlos a desbaratarlos. En el aspecto táctico, podemos organizar la defensa, y en el militar, somos capaces de luchar como una centena. Pero el precio es alto.

—Mi padre ha depositado diez mil raks de oro en Ventria —dijo Virae—. A cargo de Asbidare, el mercader.

—Bien. Entonces, todo está dispuesto. Partiremos por la mañana.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Virae. El abad abrió las manos y esperó—. ¿Para qué necesitáis el dinero?

—Para construir el próximo monasterio de los Treinta. Cada monasterio se financia con la caída del anterior.

—Oh. Y ¿qué ocurrirá si no morís? Quiero decir... Supongamos que vencemos.

Los ojos del abad escrutaron durante unos instantes el rostro de la joven.

—Devolveremos el dinero —dijo al fin.

—Ya veo.

—¿No lo crees?

—Eso no importa. ¿Qué opinas de Rek?

—¿En qué sentido? —replicó Vintar.

—Basta de juegos, padre abad. Sé que puedes leer los pensamientos. Quiero saber qué opinas de Rek.

—Esa pregunta no es muy concreta... No; déjame acabar —dijo el abad, al observar que Virae empezaba a irritarse—. ¿Me preguntas qué pienso de él como hombre, como guerrero o como hipotético marido de la hija de un conde?

—Las tres cosas, si quieres. No lo sé. Simplemente, responde a mi pregunta.

—Está bien. ¿Crees en el destino?

—Sí —respondió Virae, recordando que aquella misma pregunta se la había hecho ella a Rek—. Sí, creo en el destino.

—Entonces cree en esto: estabais destinados a encontraros. Sois una pareja perfecta; tú aumentas sus puntos fuertes y contrarrestas sus debilidades. En cuanto a lo que él hace por ti, ya lo sabes. Como hombre no es único; ni siquiera es especial. Carece de habilidades destacadas; no es poeta, escritor ni filósofo. Como guerrero... Bueno, esporádicamente muestra valor, un valor que oculta grandes temores. Pero es un hombre enamorado, y eso aumenta su fuerza y su poder para enfrentarse a esos temores. ¿Como esposo? En una época de paz y prosperidad creo que no sería muy estable, pero por ahora... Te ama, y está dispuesto a morir por ti. No le puedes pedir más a un hombre.

—¿Por qué lo he conocido precisamente ahora? —preguntó Virae, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. No quiero que muera. Creo que me mataría yo.

—No, querida. Creo que no, aunque estoy de acuerdo en que te sentirías como si murieses. Me preguntas que por qué ahora. ¿Por qué no? Vivan o mueran, los hombres y las mujeres necesitan amar. Es una necesidad de nuestra especie; tenemos que compartir. Pertenecer. Quizá muráis antes de que acabe este año, pero recuerda esto: para perder algo tienes que haberlo poseído, y es distinto de no haberlo tenido nunca. Es mejor haber saboreado el amor antes de morir que morir a solas.

—Supongo. Pero me habría gustado tener hijos y un hogar. Me habría gustado llevar a Rek a Drenan y haber presumido de él un poco. Habría querido mostrarles a esas zorras de la corte que un hombre era capaz de amarme. —Se mordió un labio, intentando contener las lágrimas.

—Lo que digan es irrelevante. Te vieran o no, eso no cambia el hecho de que se equivocaban. Y es un poco tarde para desesperarse. Llega la primavera, y pasarán varias semanas antes de que lleguemos al Dros. En ese tiempo pueden pasar muchas cosas. Ulric puede sufrir un ataque al corazón, o caerse del caballo y romperse la cabeza. Abalayn puede firmar otro tratado. El ataque puede tener lugar en otra fortaleza. ¿Quién sabe?

—Lo sé; tienes razón. No sé por qué me autocompadezco de repente. Conocer a Rek ha sido algo maravilloso. Deberías haberlo visto cuando hacía frente a los forajidos de Reinard. ¿Has oído hablar de Reinard?

—Sí.

—Bueno, ya no tendrás que volver a preocuparte por él; está muerto. Sea como sea, Rek se enfrentó a veinte de ellos porque querían llevárselo. ¡Veinte! Y habría luchado contra todos. ¡Maldita sea, voy a echarme a llorar!

—¿Y por qué no ibas a llorar? Estás enamorada de un hombre que te adora, y el futuro se presenta sombrío y carente de esperanza. —Se acercó a la joven, le cogió una mano y la hizo levantarse—. Virae, siempre es más duro para los jóvenes.

Virae hundió el rostro en el pecho del abad y dejó que corriesen las lágrimas. El abad la abrazó y le palmeó la espalda.

—¿Resistirá Dros Delnoch? —preguntó Virae.

—Pueden pasar muchas cosas. ¿Sabes que Druss se dirige hacia allí?

—¿Ha aceptado? ¡Qué buena noticia! —Virae se levantó de un salto y se secó los ojos con la manga de la blusa. De repente recordó algo que había dicho Rek—. No estará demasiado viejo, ¿verdad?

Vintar soltó una carcajada.

—¿Druss? ¿Demasiado viejo? Desde luego que no. ¡Vaya ocurrencia! Es un anciano que jamás será demasiado viejo; eso significaría que se rinde, o algo por el estilo. A veces creo que si Druss quisiera que la noche durase un poco más, se limitaría a sujetar el sol para evitar que se alzase por encima del horizonte.

—¿Lo conociste?

—Sí. Y a Rowena, su esposa. Una muchacha encantadora, y una vidente con una habilidad excepcional. Más dotada aún que Serbitar.

—Siempre creí que Rowena formaba parte de la leyenda —dijo Virae—. ¿Es cierto que Druss atravesó el mundo para encontrarla?

—Así es —le respondió Vintar, soltando a la joven y volviendo a su asiento—. Rowena fue raptada poco después de su boda, por unos esclavistas que atacaron su pueblo. Druss le siguió la pista durante años. Y fueron una pareja completamente feliz. Como Rek y tú, me atrevería a decir.

—¿Qué fue de ella?

—Murió poco después de lo del paso de Skeln. Tenía el corazón débil.

—Pobre Druss. Pero aún es fuerte, ¿no?

—«Cuando él observa, los valles se echan a temblar —citó Vintar—; cuando camina, las fieras guardan silencio; cuando habla, las montañas se estremecen; cuando lucha, caen los ejércitos».

—Pero ¿aún es capaz de luchar? —insistió Virae.

—Creo que podrá arreglárselas en un par de escaramuzas —respondió Vintar entre carcajadas.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

David Gemmell nació en 1948 en Londres. Hijo de madre soltera, vivió una infancia conflictiva. Tras ser expulsado de la escuela a los dieciséis años por organizar apuestas, se dedicó a diversos oficios; su físico imponente (1,85 metros de altura y cerca de cien kilos) y su experiencia como boxeador le permitieron ganar un sobresueldo como portero en diversos clubes del Soho. Periodista autodidacta, su tenacidad le permitió trabajar en los diarios *London Daily Mail*, *Daily Mirror* y *Daily Express*.

En 1976, mientras esperaba los resultados de unas pruebas oncológicas, escribió su primera historia, “The Siege of Dros Delnoch”, que sería el germen de su primera novela. En 1984 se publicó *Legend*, y desde entonces, Gemmell se convirtió en un autor prolífico, publicando más de treinta títulos en veintidós años de carrera literaria. Falleció en julio del 2006 por complicaciones coronarias tras una operación de *bypass*.

Su obra se caracteriza por una narrativa vigorosa y cruda, que pivota en torno a la figura del héroe como salvador de un mundo marcado por el miedo, la violencia y la destrucción; héroe con connotaciones mitológicas que, a su vez, recorre un doloroso camino desde su propio infierno hasta la redención.

CICLO DE DRENAI:

1986 — *Waylander*

— *Waylander*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Gigamesh Ficción núm. 15, 2003

1992 — *In the Realm of the Wolf*

[también como *Waylander II*]

— *Los dominios del lobo*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Gigamesh Ficción núm. 20, 2003

2000 — *Hero in the Shadows*

— *Héroe en la sombra*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Gigamesh Ficción núm. 28, 2004

1993 — *The First Chronicles of Druss the Legend*

— *Las primeras crónicas*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Gigamesh Ficción núm. 34, 2005

- 1996 — *The Legend of Deathwalker*
— *Mensajero de la Muerte*, Barcelona, Ed. Gigamesh,
col. Gigamesh Ficción núm. 37, Barcelona, 2006
- 1984 — *Legend*
[también como *Against the Horde*]
— *Leyenda*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Gigamesh
Ficción núm. 40, 2007
- 1985 — *The King Beyond the Gate*
— *Más allá de la puerta*, Ed. Gigamesh, en preparación
- 1990 — *Quest for Lost Heroes*
- 1996 — *Winter Warriors*
- Skilgannon el Maldito:
- 2003 — *White Wolf*
- 2004 — *The Swords of Night and Day*

CICLO DE SIPSTRASSI:

- 1987 — *Wolf in Shadow*
[también como *The Jerusalem Man*]
- 1988 — *The Ghost King*
— *Last Sword of Power*
- 1989 — *The Last Guardian*
- 1994 — *Bloodstone*

CICLO DE MACEDONIA:

- 1990 — *Lion of Macedon*
- 1991 — *Dark Prince*

CICLO DE LA REINA HALCÓN:

- 1995 — *Ironhand's Daughter*
— *The Hawk Eternal*

CICLO DE RIGANTE:

- 1998 — *Sword in the Storm*
- 1999 — *Midnight Falcon*
- 2001 — *Ravenheart*
- 2002 — *Stormrider*

CICLO DE TROYA:¹

2005 — *The Lord of the Silver Bow*

2006 — *Shield of Thunder*

2007 — *Fall of Kings*, con Stella Gemmell (en preparación)

NOVELAS:

1989 — *The Lost Crown*

— *Knights of Dark Renown*

1992 — *Morningstar*

1993 — *White Knight, Black Swan*, como Ross Harding

1996 — *Dark Moon*

1997 — *Echoes of the Great Song*

RECOPILACIONES:

1992 — *Stones of Power* (incluye *Wolf in Shadow*, *The Last Guardian*, *Ghost King* y *Last Sword of Power*)

1995 — *The Complete Chronicles of the Jerusalem Man* (incluye *Wolf in Shadow*, *The Last Guardian* y *Bloodstone*)

2001 — *The Drenai Tales, Volume One* (incluye *Legend*, *The King Beyond the Gate* y *Waylander*)

2002 — *The Drenai Tales, Volume Two* (incluye *Quest for Lost Heroes*, *In the Realm of the Wolf* y *The First Chronicles of Druss the Legend*)

— *The Drenai Tales, Volume Three* (incluye *The Legend of Deathwalker*, *Winter Warriors* y *Hero in the Shadows*)

PREMIOS:

2002 — Tour Eiffel (Francia) por *Legend*

¹Novela histórica